

# BAJO EN CALORÍAS

B

E

C

CARMEN PEREZ

## INDICE

RECUERDOS	1
Y.... PASARON LOS AÑOS	11
MODA Y DISEÑO	20
EL PROBLEMA	25
BAJO EN CALORIAS	28
COLORES Y CALORÍAS	37
TALLA XL	38
ABUELA, ADIOS	42
SOLA EN CASA	43
EL AGUJERO NEGRO	49
LA FARMACIA	58
LA ANOREXIA	75
¿TIENE FINAL?	98

Mi madre siempre recuerda que cuando se puso de parto, a principios de abril del 78, estaban dando la noticia de la detención de la hija de Franco en el aeropuerto de Barajas con un cargamento de joyas, medallas, sacos de monedas y alguna que otra baratija, con el fin de sacarlas del país para depositarlas en un banco suizo.

Tener una madre adicta a las revistas del corazón tiene sus ventajas. Posiblemente la referencia que tan machaconamente repite no hubiese pasado de la categoría de anécdota y la fecha en la que nací sería simplemente un día normal del calendario si sus publicaciones de cabecera no la hubiesen hecho partícipe de la vida de cientos de personajes, a los que nunca llegó a conocer, pero formaron parte de su vida cotidiana

## RECUERDOS

El barrio era mi mundo. Mi vida se desarrollaba siempre, entre las mismas calles. Mis amigos vivían allí, mi colegio estaba allí también. Era como un extraño círculo que encerraba el paso del tiempo. Las miles de fotos que señalan los momentos importantes de esa infancia son, como una especie de collage, que me hace evocar situaciones, motivos o pequeñas anécdotas formando parte de ese espacio perdido en el tiempo pero ubicado en algún lugar de la memoria.

Puedo recordar la casa de piedra de mis abuelos, como escenario de los grandes acontecimientos familiares. La amplia cocina de hierro fundido con incrustaciones de metal dorado. La pila de granito bajo la ventana, tapada con cortinas de cuadros verdes de vichy. La gran mesa de madera y las sillas de enea donde todas las mañanas nos sentábamos a desayunar, pan con nata y azúcar. El olor especiado de los callos que se cocinaban el día grande de las fiestas patronales mientras, las bombas de palenque, explotaban en el aire llenando el cielo de nubes blandas y algodonosas. El corral donde las gallinas cacareaban y los conejos engordaban para formar parte de cualquier festín familiar. La huerta llena de colores y aromas... el olor dulce del naranjo, el ácido del limonero, el suave de las manzanas verdes, que recogíamos para guardar en los armarios de ropa blanca. El gato "tigre" que ronroneaba perdido, entre las piernas de los comensales, esperando las raspas del pescado como un auténtico festín. "Motorista", el perro mil leches, atado a una cadena que, volcaba su agresividad ladrando y ladrando sin parar

Aprendí, a través de los árboles, a diferenciar el cambio de las estaciones. Me gustaba el otoño, cuando las hojas de los castaños y los robles se volvían amarillas creando, sobre el suelo, un manto dorado de hojarasca que tapaba las veredas. En primavera, veía como los parterres dejaban el tono verdoso ampliando la paleta de colores. En verano, nos sentábamos en la zona de umbría del huerto, donde las copas de los árboles formaban bóvedas vegetales que filtraban la luz, consiguiendo que pudiese revivir la magia de los cuentos. En invierno, los árboles desnudos mecidos por el viento parecían evocar el *Bosque Animado de Wenceslao*.

En septiembre del 83 fui por primera vez a la escuela. Tenía cinco años. Los días anteriores mi madre me había llevado a equiparme para el colegio. Fue la primera vez, al menos que recuerde con claridad, de lo aburrido que era ir de compras. Todas las madres de la ciudad se habían concentrado a esa hora en las plantas de niño de un centro comercial. Niños llorosos, niños enfurruñados, niños que querían subir a la planta de juguetes y no probarse ni un chándal más. Madres desesperadas, otras entusiastas. Colas en los probadores. *“Mama, tengo hambre. Mamá tengo sed. Mamá quiero pis”*. Así era “la vuelta al colegio”.

Puedo evocar con claridad, a pesar de tiempo transcurrido, el primer día de clase. Recorrimos las calles del barrio hasta llegar a un edificio de tres plantas rodeado de un inmenso patio. Decenas de niños, pequeños y mayores, solos, en grupo o acompañados, formaban parte de un paisaje colorista que cualquier artista hubiese querido pintar. En la puerta, una serie de profesores saludaban a los padres que ya conocían y se presentaban a los que no conocían.

Sonó el timbre que anunciaba el comienzo de las clases. Decenas de niños corrían por los pasillos, y subían acalorados las escaleras.

Por fin llegó la profesora. El día transcurrió rápido y sin darnos cuenta mi primera jornada lectiva terminó. Al salir vi a mi madre, dije adiós a mis nuevos amigos y me acerqué corriendo con mi mochila llena de cuadernos y libros que la profesora había repartido ese día.

Aunque lo recuerdo por ser el primer día de colegio, los primeros años de mi infancia seguro que fueron una copia clónica de éste.

Los sábados cuando mis padres salían me mandaban a casa de mi abuela. Vivía relativamente cerca, en una zona de casas antiguas de cuatro plantas, sin ascensor.

El ritual siempre era el mismo; salíamos del parking. Mi padre dejaba el carril de la derecha, por el que iba el autobús, y empezaba, como siempre, a quejarse del tráfico: - Ya ni los sábados se puede circular tranquilo -y de lo difícil que era aparcar-. No sé para qué quieren los garajes -al final estacionaba en doble fila, salía corriendo del coche pulsaba el timbre del portero automático y decía-: Mamá te dejo a la niña. Voy con prisa. Vamos, Elena, sube.

Yo salía remoloneando del coche, como si no tuviese ninguna prisa por llegar a mi destino. Mi abuela vivía en el segundo piso, por lo que me demoraba todo lo que podía en subir las empinadas escaleras de gres. Una de mis aficiones era contarlas y aunque, sabía de memoria el número exacto, empezaba siempre de la misma forma:

-Una, dos..., cincuenta -respiraba al llegar. La puerta estaba abierta entraba y, dando un pequeño golpe, la cerraba. Saludaba con un beso en la

mejilla y dejaba mi súper mochila de colegial en el comedor donde me pasaba la tarde pintando.

Creo que desde niña me aficioné al dibujo. Era bastante observadora, por lo que mis primeros cuadros “hiperrealistas” fueron: un hombre gordo, papá, una mujer muy guapa, mamá, una anciana, la abuela... A pesar de los trazos gruesos que circundan los cuerpos y los colores estridentes de los retratos dicen, que no eran muy malos. Cuando me cansaba acompañaba a mi abuela en su minúscula cocina. Buscaba por los armarios los ingredientes, mientras yo preparaba los cuencos y engrasaba el molde del bizcocho. Así pasaban las tardes, hasta que llegaba la hora de dormir.

Me ponía el pijama rojo de Micky. Me sentaba con mi abuela en el sofá, mientras me leía cuentos. El mundo de Andersen de los hermanos Grimm, formaron parte de mi infancia. Creo que los libros que se leen durante estos años, aunque parezcan superficiales se asimilan y, nunca se olvidan.

Por la mañana me despertaba con el ruido de la cafetera italiana. A mi abuela le encantaba el café. Decía que había que tomarlo con las premisas de las cuatro letras que forman la palabra:

- C- Caliente
- A- Amargo
- F- Fuerte
- E- Escaso

Me sentaba en una silla de madera mientras observaba como el humo del café bailaba sobre la taza de porcelana blanca mientras, el olor se expandía por toda la casa.

Al cumplir ocho años mi abuela se empeñó en que tenía que hacer la primera comunión.

Empecé a ir a la catequesis de la parroquia los domingos por la mañana. Hice nuevos amigos y al fin, en mayo del 86, la fecha elegida por mi abuela “recibí la primera comunión”.

Pienso ahora, desde la lejanía, que para mí la comunión fue una pequeña fiesta de disfraces. Mi abuela me compró un vestido blanco de princesa, con zapatos de charol y una cinta de flores en el pelo. Era más alta que muchas de las niñas de mi edad. Seguro que heredé los genes de mi madre, que medía 1,72. También la forma de su nariz, aunque no sus preciosos ojos verdes. Los míos eran negros, como los de mi padre. Tenía la cara de luna llena típica de mi *abuela* y era, como siempre recordaba, de constitución fuerte y huesos anchos.

Dicen que ese día no escatimaron gastos. Mi madre se compró un traje chaqueta azul cielo de falda recta como uno que llevaba Grace Kelly, una de las heroínas de sus revistas. Se peinó también con un moño italiano idéntico al de la princesa- actriz y se calzó unas imponentes sandalias. Seguía siendo muy joven: tenía entonces treinta años y había logrado, tras años lidiando con la báscula, bajar a su deseada talla cuarenta

Cuando salió de la habitación nos quedamos con los ojos muy abiertos, estaba guapa, muy guapa

Mi padre, que casi nunca llevaba corbata, se la puso ese día. Hacia sol, aunque el cielo estaba salpicado de pequeñas nubes blancas, que a lo largo del día desaparecieron. Fuimos a la iglesia caminando. Desde casa quedaba muy cerca.

Mi traje blanco de organdí me llegaba a los tobillos. Un inmenso trozo de raso rosa daba la vuelta a mi cintura, para formar un lazo sobre la espalda.

Al llegar observamos mucha gente: la familia, los amigos de mis padres y sus hijos, y también mis amigos del barrio, esperándonos en el atrio de la iglesia.

No sabría qué decir de la ceremonia. La iglesia era nueva, como muchas de las que se habían construido en los barrios de la ciudad en los últimos años. El interior era muy austero, salvo los bancos, un crucifijo de madera y el centro de flores blancas colocado a los pies del altar. El resto de la decoración la ponían los coloridos trajes de los fieles.

No recuerdo mucho más. Tuve frío y mi madre me puso una chaqueta que había sacado del bolso. De vez en cuando el silencio o las palabras del cura se interrumpían con toses o estornudos. Llegó la comunión y posiblemente en ese momento fui feliz. Al salir de la iglesia nos hicimos muchas fotos. Luego me quedé con mi madre, mientras mi padre recogía el coche en casa, organizando “la logística del transporte”. Teníamos que acomodar a los niños del barrio o a mis amigos del colegio en el coche de algún invitado.

Íbamos de grupo en grupo asignando niños y explicando cómo podían llegar al restaurante a aquellos que, por ser de fuera, no conocían su ubicación.

El banquete se celebró en un restaurante, enorme de los muchos que empezaron a proliferar en los polígonos de las grandes ciudades,

especializados en bodas, banquetes y comidas de empresa. Cuando llegamos estaban allí mis amigos, así que dejé a mi familia, corriendo hacia ellos.

Los invitados estaban tomando el aperitivo en el bar. Desde la calle, donde jugaba con mis amigos, se oían voces, risas, música...

Mis padres nos llamaron y nos hicieron entrar. El salón donde se celebraba la comunión era grande, Tenía las paredes verde agua y unas horribles cortinas que tamizaban el paso de la luz. Las mesas, decoradas con pequeños centros de flores colocados sobre manteles blancos, estaban situadas formando una C...

Los camareros empezaron a depositar sobre las mesas platos variados: embutidos, mariscos, croquetas, calamares... El vino empezó a correr. La gente se empezó a animar, las voces aumentaron de volumen y las risas se hicieron cada vez más fuertes.

Mi madre se levantaba de vez en cuando y venía a nuestra mesa para preguntar si estábamos bien, si nos gustaba la comida, sonreía a los invitados parándose a charlar. -¿Qué tal?- preguntaba

Llegó el segundo plato. Los camareros ofrecían humeantes trozos de cordero asado y patatas a la panadera.

Por fin llegó la tarta. Era de nata, adornada con petit-choux de caramelo y chocolate. Tenía tres pisos y me llamaron para cortarla. Me hicieron la foto. Sonreía a la cámara y miraba con ojos golosos el postre del que iba a disfrutar.

Llegó el champán

-¡Por Elena, para que sea una chica estupenda! -Fue el brindis

Sobre las cinco, cuando ya habíamos terminado de comer, sonó la música. Nos quedamos todos con los ojos muy abiertos al ver que mi padre,

con la corbata torcida y la camisa remangada, cogía a mi madre de la cintura y la saca al centro del salón, donde empezaron a bailar. Nunca los había visto así. Pensé que no sabían bailar, aunque no lo hicieron mal. Dieron unas cuantas vueltas en círculo, siguiendo la música, hasta que terminó. Sonaron aplausos y, como si de dos bailarines profesionales se tratase, saludaron agradecidos moviendo la cabeza. Años más tarde me enteraría de que ésa fue la música de su boda...

Las canciones se reanudaron, pero sólo los niños, mis amigos, dieron vueltas con Mecano, Los Secretos, Hombres G, Nacha –Pop...

Al final, agotados, los invitados empezaron a levantarse, agradeciéndonos la invitación

-- ¡Nos vemos! -decían a modo de despedida

Recogimos los muchos regalos que me habían hecho: libros, películas de video, discos, ropa, la play... Al final, cuando nos montamos en el coche, casi no cabíamos.

Después de ese día, mi abuela me recogía los domingos para ir a misa. Desconozco cuánto tiempo duró, pero un buen día le dije que no quería ir y nadie me obligó

Entre los recuerdos de esa época, una de las cosas más divertidas era las visitas al supermercado. Los sábados iba con mi padre. Me gustaba más ir con él que con mi madre. A pesar de la lista, me dejaba coger galletas, chocolate, bollitos industriales, que mi madre odiaba; llenábamos el carro de conservas, sardinas, mejillones, bonito...

Cuando llegábamos mi madre ponía el grito en el cielo. Todo tenía colesterol, todo engordaba, todo era malo. Sus eternas revistas, “la Biblia de la

alimentación”, eran su único credo. La idea de una alimentación sana, a su forma, no bajo las premisas de un endocrino, sino bajo las suyas y de sus revistas, era fuente de continuos problemas. La leche descremada, las galletas dietética, el pan integral...

Recuerdo, además, momentos muy buenos cuando mi madre me prestaba ayuda con los deberes.

En el colegio tenía todas las tardes libres. Cuando terminaba de comer me dejaba sentarme con ella para ver la tele. En invierno nos acomodábamos en el sofá de flores amarillas y, tapadas con una mantita, pasábamos parte de la tarde, mientras oíamos el ruido de la lluvia en los cristales (en Coruña las ventanas deberían tener parabrisas, como los de los coches, para apartar las gotas de lluvia de los cristales).

-Mamá, ¿por qué habla tan raro esa gente?

-Porque son venezolanos. No es raro, es su acento.

Cuando terminaba el culebrón más famoso de la televisión, “Cristal”, apagaba la tele y nos poníamos con los deberes.

En ocasiones me ponía delante de sus revistas y le preguntaba:

-Mamá ¿qué es un régimen hi-po-ca-ló-ri-co?

-Pues es que la comida que tomas no engorda.

-¡Como la que tú haces! -

-Más o menos

-¿Por qué no podemos comer hamburguesas como mi amiga Ruth? -

-Cariño, claro que puedes. Sólo que es mejor el bistec

Desde la lejanía que da el paso del tiempo ahora entiendo que mi madre intentó hacerlo bien. Sin embargo, en ese momento me sentía como un bicho

raro cuando mis amigas en el colegio me contaban que habían comido “Nuggets”, “Fingers”. Cuando veía que en el recreo sacaban sus bollitos, sus barras de “Kit-Kat”, palomitas, gusanitos.....

## **Y...PASARON LOS AÑOS**

Cuando empecé el BUP me cambiaron de colegio, para ir al instituto. Era como en EGB, mixto, y la mayoría de los niños nos conocíamos ya.

Quiero pensar que el tiempo pasó y los primeros cambios físicos también llegaron. Empezamos a hablar en los recreos de la regla, de las relaciones con chicos... Las revistas de mi madre, a las que nunca había prestado demasiado atención salvo para mirar las fotos de esas mujeres tan guapas y bien vestidas, eran una continua fuente de información. Cuando mi madre, las tiraba si había algún artículo interesante para mí o para mis amigas, las cogía y en los recreos las leíamos. Había decenas de anuncios que presentaban a mujeres fantásticas, altas y delgadas, animando a los lectores a tomar unas píldoras “de venta en farmacias” remarcaban, para adelgazar. Otras veces, en vez de píldoras, eran gotas; otras, hierbas medicinales...

En las clases de biología nos explicaron el funcionamiento del cuerpo humano, pero nos parecía que lo que decía la señorita era menos natural que lo que leíamos en las revistas.

Tuve mi primera regla a los catorce años. Me acababa de levantar de la cama cuando lo sentí.

A partir de entonces mi cuerpo se formó y crecí bastante. Al principio no aprecié los cambios ni les di mucha importancia.

Me empezaron a gustar los chicos, cambiamos nuestros hábitos de vida, llegaron los primeros cigarros, sustituimos el chocolate con churros por los calimochos, empezamos a salir en pandilla, me empezó a preocupar la ropa, el

corte de pelo, el acné, empecé a ser algo desordenada... Enseguida mi madre me llamó la atención .Desde pequeña me había inculcado su obsesión por el orden. A veces, sobre todo cuando empecé a ir a casa de mis amigas, pensaba si no viviría en una especie de museo en donde todo tenía su hueco.

Mi amiga Ruth era tan alta como yo, pero más delgada. Tenía unos inmensos ojos enmarcados en unas kilométricas pestañas que al rizarlas con rimel se hacían más grandes. Su pelo era castaño muy, muy liso. Los chicos decían que estaba muy buena y siempre que pasaban a nuestro lado la miraban a ella.

Empecé a imitarla en su forma de vestir. Sin embargo, cuando íbamos de compras ella utilizaba la 14 o la16 y yo casi nunca encontraba tallas para mí.

Cuando nos metíamos en el probador observaba su vientre liso y plano, como solían definirlo las revistas de mi madre.

A mí las camisetas me apretaban mucho y los pantalones me hacían daño. Así que, mientras me conformaba con pantalones abolsados y camisas flojas, Ruth llevaba camisetas o jerséis mini, con pantalones de talle bajo o faldas muy cortas, que le hacían unas piernas inmensas. Sabía que era guapa y empezaba a notar el impacto que causaba en los chicos, no sólo en los de nuestra clase, sino en los mayores.

Solíamos ir a juntas a clases de tenis. Cuando llegábamos al polideportivo los chicos se volvían, dándose codazos unos a otros, y entre, sonrisas, hacían apuestas para ver quién se la ligaba

Al principio nos poníamos coloradas, pero a Ruth le encantaban esos juegos. Me imagino que a mí también me hubiesen gustado si no escuchase cuando llegábamos o salíamos del polideportivo, entre risitas:

- La gorda y la flaca.

-Idiotas - contestaba Ruth moviendo sus pelo.

Cuando a veces iba sola por el pasillo del instituto y me encontraba con alguno de los chicos que estaban colados por Ruth, escuchaba epítetos como “culona”, que era el más leve.

Aparte de nuestra preocupación por el físico, la forma de vestir o lo que pensábamos hacer en el futuro, nuestra vida más inmediata cambió.

No nos gustaba mucho beber y no solíamos ir con el grupo del instituto a un parque del barrio, algo alejado de las casas, donde todos los sábados se organizaba una especie de botellón. Además nuestros padres nos hacían volver, pronto (bueno, si lo comparábamos con el horario del resto de la pandilla) a casa.

-¿Ya os vais? ¡Aburridas!- Era lo que nos solían decir cuando a las nueve dejábamos el grupo

Un día en verano, al terminar los exámenes, nos quedamos hasta tarde y lo que vimos no nos gustó. El sitio de la reunión era un campo cercano al instituto. A penas había luz y las casas más cercanas quedaban lo suficientemente lejos para que los vecinos no se enterasen bueno, enterar estaban enterados, lo sabía todo el barrio.

La gente estaba demasiado animada... No eran ya calimochos o un par de cervezas, las botellas de whisky, ron, coca cola, ginebra o briks de vino se mezclaban en un raro cóctel de sabores y olores indefinidos.

Había extrañas parejas morreándose, otras buscaban algo diferente. Los más, sentados en círculo y como si de un extraño ritual se tratase, se pasaban las botellas, que, tras rodar y rodar entre las manos, terminaban vacías

Sabíamos que Ángel, un compañero de clase, tenía demasiada afición a la bebida, o al menos eso contaba a quien le quisiese escuchar.

-¡Menudo fantasma! "el angelito" -señalaba Ruth cuando los lunes llegaba al instituto contando sus hazañas con la bebida

-¿Tú crees?

-¡Jo, tía! Nadie puede beber tanto. Lo dice para impresionar

¡Qué equivocadas estábamos!

Cuando la juerga empezó de verdad, Ángel, resbaló y se cayó al suelo. Nos acercamos a su lado con el fin de ayudarlo

-Vamos, Ángel, te acompañamos a casa -dijo Ruth, mientras yo me ponía en cuclillas para levantarlo.

-No -gritó con agresividad, golpeando mi brazo con sus sucias manos.

-Vamos -alegamos las dos al mismo tiempo

Nos miró con ojos enrojecidos de cordero degollado. Estaba sudando pero sus manos estaban heladas. Tenía la boca entrecerrada y a duras penas podía tenerse en pie.

-De...jazz...me -balbuceó

A nuestro alrededor la fiesta seguía. A nadie parecía importar ni nuestra presencia ni el calamitoso estado de Ángel. Las risas y las palabras subidas de tono, tanto por el volumen de la voz como por las obscenidades que escuchábamos, eran continuas. Parecía un concurso de imbéciles alelados,

que repetían machaconamente las mismas frases. Ante tal espectáculo insistimos:

- Vamos -dijo Ruth

-Ahora -grité yo,

Quizá fue el tono autoritario de la voz o quizá no. Estaba tan mal que posiblemente ni se enteró. Nos miró sin ver, primero a mí, luego a Ruth

-Me en...cuen...tro mal -confirmó atropelladamente, casi sin poder hablar. Se llevó las manos a la cara.

La juega seguía. ¡Qué asco! ¿Sería siempre así? Tiramos de los hombros de Ángel para intentar levantarlo, pero era bastante alto y grueso, por lo que, ante la poca ayuda por parte de nuestro colega, nos costó ponerlo en pie. Al fin lo logramos y se agarró a nuestros hombros. De repente se soltó y se quedó atrás. Al volvernos lo vimos agachado vomitando sobre el pavimento. Se incorporó de nuevo y se sujetó la cabeza. Nos acercamos, ofreciéndole un paquete de klinex. Lo cogió y cuando había empezado a limpiarse las comisuras de los labios, de nuevo vomitó. Se dobló sobre su cintura como un junco mecido por el viento. Instintivamente nos separamos. A pesar de estar al aire libre, el olor ácido hizo que nos tapásemos la nariz

-¡Qué asco! -exclamé

-¡Dios, mío, no me lo puedo creer! Fueron las palabras de Ruth

Nos quedamos como estatuas mirando. La visión era patética ¿Sería ése el final de las famosas acampadas, como se referían en el instituto a este tipo de actividades?

Se incorporó de nuevo, pasando sus manos por la cara. Una extraña mueca se formó en su boca. Nos miro como alelado

-Oye tenemos más klínex -se los ofrecí alargando la mano

-Gracias

Al retirar mi mano sentí el olor acre que el simple roce con los dedos de Ángel me había dejado. Me la restregué sobre mis pantalones, intentando que se desvaneciese. Nos pusimos en marcha. Por el camino se limpió la cara como pudo, también las manos. Tenía la cazadora llena de manchas, el pelo revuelto, la frente sudada, las zapatillas sucias. ¿Cómo era posible que sus padres no se enterasen, si esto ocurría cada sábado?

Lo acompañamos en silencio por las calles del barrio hasta llegar a su casa.

Apenas nos encontramos con transeúntes o vehículos. Eran las once de la noche y, a pesar de ser verano, en el barrio la gente se acostaba temprano. Pocas luces se veían en los edificios.

Habíamos llegado. Sacó la llave del bolsillo, intentó abrir, pero le temblaban las manos. No atinaba con la cerradura.

-Trae, dámela -ordené

La llave giró varias veces y Ángel se metió en el portal sin mirarnos. Creo que ni siquiera nos dijo adiós

-Hasta luego -Fue nuestra despedida

Ruth cruzó la calle yo seguí caminando hasta llegar a mi casa. Mi madre estaba despierta. -Elena -llamó

Me acerqué a su habitación ¿Estas despierta?

-No podía dormir ¿Lo has pasado bien?

-No mucho. Me voy a la cama -manifesté mientras caminaba por el pasillo.

-Hasta mañana,

Vi como la luz, que apenas iluminaba su habitación, se apagó.

El lunes, en el colegio, Ángel evitó saludarnos. A partir de entonces nunca nos volvió a hablar

## MODA Y DISEÑO

Ruth aparte de guapa, era muy divertida, pero muy mala estudiante. Empezamos a quedar a menudo para estudiar. Yo la ayudaba con las matemáticas, la física y la química. Ella me decía cómo ponerme el rimel y el pintalabios. Sabía que me gustaba dibujar y muchas tardes, cuando venía a casa, me decía que no pensaba esforzarse mucho. Quería estudiar Peluquería para poner a la gente guapa. Cogía mis estuches de lápices y dibujaba con bastante destreza peinados

- ¿Qué te parece este corte? ¿Y esta melena? ¿Tú crees que alguien se pondría el pelo azul?

-Bueno, venga, deja el pelo. Vamos a seguir, si no las derivadas no sé cómo vamos a solucionarlas ¿o las vas a pintar de verde?

-¡Qué pesada! Eres tan antigua como mi abuela. Oye, ¿tienes alguna revista, de las que lee tu madre, para ver lo que se va a llevar en invierno?

-Si, pero ahora está en el salón. Cuando se vaya la cogemos.

No es que a mi madre le importase mucho que mirase sus revistas, pero nosotras queríamos ver no sólo la moda, sino también los espacios que había dedicados al sexo: "Como se liga ", era el nombre de una sección que solíamos leer. A mí empezaron también a interesarme los temas dietéticos, con sugerentes menús ligeros, adornados con frutas exóticas y productos imposibles.

Las fotos de esas mujeres espléndidas que anunciaban geles y cremas reductoras me seducían tanto como a mi madre *Carolina de Mónaco*

Cuando tenía quince años estaba viendo la televisión cuando en un programa entrevistaban a un diseñador que había triunfado en el salón de la moda de París. La almibarada entrevista, llena de epítetos y alabanzas, derivó en un momento determinado hacia las telas y la moda

-“Verás –contestó -Para que una colección triunfe tienes que elegir muy bien a las chicas. No puedo contratar a cualquiera. Yo sólo llevo a las mejores. Que una colección triunfe no depende de la ropa: depende de las chicas. Si éstas están gordas, la ropa no luce.....”

Además- continuaba- el canon de belleza no lo inventamos los diseñadores. Fueron los griegos, concretamente el escultor y arquitecto Policleto, los que, allá, por el 420 antes de Cristo, determinaron las proporciones ideales del cuerpo humano

Ahora lo entendía.....

Ese fue el principio del problema

## EL PROBLEMA

Puede que mis padres, al principio, no supiesen interpretar mi enfermedad. Cuando yo decidí que estaba gorda, a mi abuela le detectaron Alzheimer.

Un día, cuando estaba llegando al portal, encontré a mi madre vestida con un abrigo gris y el bolso negro de piel que solía utilizar cuando salía, dirigiéndose a la esquina de la calle donde estaba aparcado el coche de mi padre

-¿A dónde vais? -pregunté sorprendida

-Nos ha llamado una vecina de tu abuela. Parece que esta mañana salió a la compra y a la hora de pagar les dijo que se había olvidado la cartera, pero la notaron muy temblorosa y decía que estaba cansada. Preguntó si se podía sentar y cuando llegó una de las vecinas que suelen hacer la compra allí y conoce a tu abuela, se la llevó a casa. Nos llamó para decirnos que estaba muy triste como ausente. Así que vamos a buscarla para llevarla al médico

Se dio la vuelta y se dirigió al coche. Saludé a mi padre con la mano y me metí en el portal

Cuando llegué a casa deje los libros sobre la mesa del salón. Entré en la cocina mi madre, me había dejado sobre la encimera puré de verduras y espaguetis con carne.

En una de las revistas había leído un régimen fantástico, que hacían las estrellas de cine. Decían que no deberían tomarse hidratos de carbono, por lo que pensé que los espaguetis, catalogados en esa revista como hidratos de carbono, tendrían un mejor destino que mi estomago: la basura.

Tomé sólo el puré de verduras y me sentí feliz.

Cogí una bolsa del supermercado y eché en ella la ración que mi madre calcularía que yo había tomado, la dejé encima de la mesa y me fui un rato a mi cuarto. Me tendí encima de la cama, pensando en un plan para comer poco sin que mis padres se dieran cuenta. Convencí a mi cabeza y a mi conciencia que sólo eran un par de kilos, y con las revistas de mi madre me podría construir un régimen mejor que el de “los expertos”. Deje volar mi imaginación recreando imágenes placenteras de mujeres seductoras, como las que salen continuamente en las revistas y en los programas de televisión.

No quería que volviesen a llamarme gorda. Quería parecerme a Ruth a Marta y a otras chicas de mi clase con las que todos los chicos querían salir. Mi mente empezó a trabajar muy deprisa. Aparecieron secuencias, como fotografías de un publrreportaje, en las que me veía, no sé si guapa, pero si delgada. El pasado ya no era importante. Durante toda mi infancia había hecho lo que los demás querían. Ahora era mi tiempo. Estaba eufórica, el futuro era mío.

Como siempre, a las cinco salí con destino a casa de Ruth, cogí la bolsa con la comida y al salir a la calle, discretamente miré a la izquierda, a la derecha, arriba, abajo, antes de depositar la bolsa en el contenedor de la basura. Ahora, cuando analizó este episodio, me parece imposible que todo hubiese sido tan fácil.

Subí los cinco pisos andando. Llegué agotada, con una molestia en el costado. Me costaba respirar. Su madre me abrió la puerta

-Hola, Elena. Te veo acalorada

-Sii. Subí andando

Me franqueó la puerta de entrada, separando su cuerpo para dejarme pasar.

Había estado en casa de Ruth desde que éramos pequeñas, por lo que casi conocía de memoria el número de pasos que tenía que recorrer por el estrecho pasillo para llegar a su habitación

Al entrar en la estancia, Ruth estaba tirada encima de la cama, pintándose las uñas. La música resonaba en las paredes de su habitación.

Se incorporó al verme y apagó la cadena que las últimas navidades le habían regalados sus padres

- -Hola. ¿Te gusta este color? -dijo moviendo las manos

-Es demasiado fuerte, ¿no? -pregunté

A media tarde estaba muerta de hambre, las tripas me crujían. Ruth se cansó de estudiar nada más empezar-

-Bueno, lo dejamos, Es un rollo -manifestó

-Oye, que el examen es la semana que viene. No nos va a dar tiempo

Me miro sonriendo.- Vamos a pensar en algo diferente... ¿Quieres un “Kit-Kat” o, un “Marxs”? -preguntó

-Me da igual -respondí, encogiendo los hombros

Nunca algo me había parecido tan bueno. Saboreé de verdad la barra de chocolate con galleta y caramelo. Comí despacio, como si quisiese que el dulce me durase eternamente. La galleta sabía a vainilla, el caramelo, a tofe; el chocolate tenía un toque amargo que, al fundirse con el resto de los ingredientes en la boca, lo hacía especial.

Seguimos charlando y Ruth me preguntó:

-¿Te has fijado en Jorge, el chico que está en tercero de BUP?

La miré con los ojos muy abiertos. Ese día Ruth vestía una camiseta negra que no le llegaba al ombligo y unos vaqueros anchos y largos que, como una escoba, barrían el suelo por donde pasaba. Como pude pregunté:

-¿El alto de zapatillas All-Star y vaqueros Lewis? ¿Es ese?

-Jo, y dices que no te fijas en los chicos -contestó gesticulando.

La cara de Ruth se iluminó

-Ya. Bueno, me llamó –confirmó sonriendo

-¿Sí?

-Quedamos para el sábado.

-Para el sábado... -repetí susurrando.

La noticia me había dejado impactada. Siempre había pensado que Ruth y yo no íbamos a salir con chicos solas, que cuando a ella algún chico le preguntase si quería salir con él, a su vez alguien me lo preguntaría también a mí. Mi ordenada vida me dio su primer toque. A veces lo que esperamos, lo que queremos, lo que en el subconsciente deseamos, como dicen los psicólogos, no se transforma en realidad

-Elena..., Elena, vuelve -dijo chasqueando los dedos.

-Si -contesté con amargura

-¿En qué estabas pensando? Te quedaste tan callada...

-Ah -disimulé como pude-, es muy guapo.

Estaba a punto de preguntarle si iba a salir a partir de ahora con él, si los sábados ya no íbamos a ir al videoclub, si dejaríamos de jugar al tenis, si dejaríamos...

De repente recordé que había prometido a mi madre llegar temprano, así que me levanté de la mesa, le conté lo de mi abuela y me fui

Al salir a la calle comprobé que estaba lloviznando. Como no había llevado paraguas, me coloqué la capucha del chubasquero azul que me habían regalado en mi cumpleaños y me dirigí a casa.

-Desde la calle vi la luz del salón encendida. “Bueno ya han vuelto” pensé.

Abrí la puerta y la voz de mi padre me introdujo en el ambiente:-... Será poco tiempo. Sólo son unas pruebas

Saludé al llegar al salón. Mi abuela estaba sentada en el sillón de terciopelo azul, mi padre en el sofá

-Hola –dije -¿Y mamá? –pregunté.

-Hola, Elena, ¿Vienes de estudiar? -preguntó mi padre

Me acerqué hacia el sillón que ocupaba mi abuela, me arrodillé sobre la alfombra, cogiéndole la mano, acariciando sus nudosos dedos. Le sonreí.

-Abu, ¿qué té pasa? – pregunté, esbozando una sonrisa.

-Ay, hija, que soy vieja -contestó agarrando con sus manos los dedos que la acariciaban.

El comentario me entristeció .Me levanté del suelo y salí del salón. Esa noche empezó mi calvario. Fue la primera noche que no cené

## **BAJO EN CALORIAS**

**Los días se transformaron en meses y los meses en años. Este tiempo coincidió con mi obsesión, al principio, por comer poco, luego casi nada y al final me convertí en una enferma.**

Había dejado de salir con Ruth. A veces quedábamos para estudiar, pero nunca fue lo mismo. Como mis padres estaban muy pendientes de mi abuela, había descubierto que los momentos de la comida eran los mejores para que no se fijasen en mí.

Empecé con el desayuno. Pensé que con eso sería suficiente. Mi madre se levantaba, llamaba a la puerta de mi habitación y ayudaba a mi abuela a levantarse para ir al cuarto de baño.

Dicen que el Alzheimer es una enfermedad que avanza muy rápido. En el caso de mi abuela pasó de pequeños problemas de memoria y dificultad para acordarse del nombre de los objetos a una falta casi total de coordinación en sus movimientos y en el habla. Apenas la entendíamos, y llegó un momento en que no se quería o podía, lo desconozco, levantar.

Así que me ofrecí con los desayunos. Preparaba el de mi padre y hacía las tostadas para mi madre, que a esa hora ayudaba a mi abuela. Cuando mi padre llegaba tenía la mesa perfecta: su plato sobre el mantel, la servilleta doblada, los tenedores bien colocados, la taza de café a la derecha, los pequeños rulos de mantequilla...

-¿Has desayunado ya?- preguntaba

.-Claro, claro... Si no, no me da tiempo a ducharme, vestirme y hacer la cama

La realidad es que mi desayuno durante dos años fue un vaso de agua. Cuando tenía hambre en el colegio, me tomaba unas barritas dietéticas que había visto en una estantería del supermercado. Las anunciaban como adelgazantes en letras muy grandes:

### **“BAJO EN CALORIAS”**

Un día, en clase de informática, mientras nos enseñaban las aplicaciones de Power-Point, tuve una especie de mareo. Me dolía mucho la cabeza y de repente una nube tapó mis ojos. Me llevé las manos a la cabeza y luego me pasé los dedos por los ojos, con el fin de retirar esa especie de niebla que me impedía ver. Las piernas me temblaban. Inspiré profundamente y eché la cabeza hacia atrás. Pasaron unos minutos, me levanté como pude y le dije a Miguel, el profesor:

-¿Puedo salir al baño?

-¿Te encuentras bien?- preguntó

-Sí, sí, - convine

Cuando llegué al vestuario de chicas y me refresqué la cara. Eso me reconfortó. Me dejé caer sobre un banco de madera y apoyé mi espalda contra los azulejos de la pared. Las ventanas estaban abiertas y el aire fresco me despejó. Me metí la mano en el bolsillo, encontré un caramelo de mentol, lo desenvolví y me lo llevé a la boca. Entonces no sabía lo que era una hipoglucemia, pero el azúcar y el sabor fresco y picante del mentol despejaron mi embotada cabeza. Pasados unos minutos, me levante y volví al aula .Miguel el profesor, se acercó a mi pupitre

-¿Estás bien? -preguntó.

-Sí, ya mejor -respondí cortante

Al terminar la clase, cuando nos levantamos para cambiar de aula, me llamó:

-Elena, no te vayas ¿Puedes venir?

Me acerqué, sorteando las mesas de los ordenadores, hasta la del centro, donde Miguel guardaba los disquetes con el nombre de los alumnos escritos en una pegatina. Era uno de los profesores más jóvenes del instituto, pero su barba negra y sus gafas de cocha le hacían parecer mayor “El abuelo de Heidi” era su apodo.

Me paré mirándole

- ¿Qué quiere Profe?

-¿Te encuentras bien?

-Sí -añadí

-Oye, no te molestes por la pregunta, ¿has desayunado?

Me flojearon las rodillas. Rehuí su mirada y tardé unos segundos en contestar:

-Sí -Fue la seca respuesta

-Vale. Sólo lo preguntaba por si necesitabas tomar algo.

Me di la vuelta y salí al pasillo. El timbre anunciando el comienzo de las nuevas clases sonó y corriendo me dirigí al aula. Al entrar vi una mesa vacía en medio de la sexta fila. Sorteé los pupitres y me senté

-¿Qué quería?- -me preguntó Marta, una compañera, haciendo una mueca burlona

-¡Chorradas!

## COLORES Y CALORIAS

Por alguna razón, aunque tenía amigas, me encerré bastante en mí misma y empecé a salir muy poco. Seguía estudiando, pero empecé a holgazanear, no comer y mirar las revistas de mi madre para construir tablas calóricas y repasar mentalmente, cuando tenía la comida en el plato, la cantidad que podía o debía ingerir según los “gurús”. Al fin y la cabo, las matemáticas siempre se me dieron bien

Desde el punto de vista práctico, éste era un buen sistema. Mis padres apenas se daban cuenta de lo que me servía y menos de lo que dejaba. Cortaba la comida en pequeños pedacitos y daba vueltas y vueltas infinitas a los trozos de carne o pescado. Hacía pequeñas agrupaciones por colores; guisantes, patatas, zanahorias...Calculaba y “voilà”

Al principio de la enfermedad de mi abuela mi madre y yo la llevábamos después de comer, a dar un paseo alrededor de la manzana. Si hacía buen tiempo, íbamos hasta lo que en su día habían sido unas cuidadas huertas y sin saber cómo (bueno, sí, cuando dejaron de trabajarse) se transformaron en una extensa pradera que nadie se ocupaba en cuidar.

En primavera, montones de margaritas y amapolas rojas, junto con la hierba, formaban un colorido tapiz, que yo llegué a pintar. Todavía conservo el cuadro. Es obvio que no es bueno, pero esa fotografía forma parte de la historia de mi vida. Puedo evocar cuando lo contemplo; el olor de la tierra húmeda, el calor suave del sol de poniente cuando sentada en un banco de piedra veía, junto a mi abuela, llegar el crepúsculo. La higuera salvaje que

crecía en medio de la nada, las pisadas de la gente que paseaba abriendo senderos, la desvencijada silla de hierro oxidada...tantos y tantos recuerdos

Con el tiempo mi abuela dejó de salir, así que me turnaba con mi madre para pasearla por el pasillo.

-Abuela, cuando estés mejor volvemos a salir a la calle -le comentaba para animarla

Muchas veces, cuando volvía del instituto, la encontraba sentada en el sillón con una mirada ausente, la cabeza ladeada y una especie de mueca, por la que salía la saliva. Con un pañuelo le limpiaba las comisuras de los labios, y creo que en algún momento esbozaba una sonrisa

En sus breves instantes de lucidez nos acordábamos de momentos importantes de nuestra vida en común o de la suya. Al final, ya ni siquiera eso.

Un día que había salido tarde de casa, en la puerta del instituto me encontré a los típicos memos (hoy los llamaría así; entonces eran "guays"), que al verme se echaron a reír

-Foca -escuché al pasar.

Fue tan humillante, que sentí el impulso de pararme y abofetearlos. Con los ojos empañados entré el instituto, restregándome los ojos con las mangas de la sudadera en los ojos. Por primera vez, desde que había empezado mi régimen, notaba que los pantalones me quedaban flojos, que mi cintura había disminuido. ¿Por qué entonces, me insultaban?

Sin mucho éxito, intenté organizar los miles de sentimientos que se agolpaban en mi mente. Sin embargo, mi cabeza era un caos. Estiré con las manos las mangas de la sudadera, como si quisiese tapar cualquier parte visible de mi cuerpo. Corrí por el pasillo. Sentí los pasos de alguien detrás.

Volví la cabeza y vi al profesor de inglés caminando hacia la clase “Uf –pensé- no llego tarde, menos mal

Al traspasar el umbral de la puerta, Ruth me señaló el asiento, vacío a su lado

-¿Te ha pasado algo? -preguntó

-No -respondí con amargura

-¿De verdad? -preguntó- tienes la cara roja y los ojos como de llorar

-Es que hoy ha sido horrible. Tuve que ayudar a mi madre con mi abuela y casi no llego.

El tiempo siguió pasando..

Un día de primavera las revistas de mi madre me señalaron otra parte del camino: “**OPERACIÓN BIQUINI**”, era la portada de una.”**EL EJERCICIO ADELGAZA**”, era el titular de otra. “**TODO LO QUE DEBEMOS HACER POR UNA TALLA MENOS**”, sugería otra.

. Consejos y más consejos, fotos y más fotos, recetas y más recetas

Con la disculpa del tenis, volví a salir. Conocí a gente nueva. Uno de los chicos que iba al polideportivo me empezó a gustar. Era alto tenía los ojos de un color indefinido: miel, avena oro, no sé; no encuentro el color. Quizás cambiaban con la luz. Me reía con él y a veces, cuando al salir coincidíamos, me acompañaba a casa

-Me queda de camino – decía

Tenía una voz muy varonil, como la de los actores que doblan a los personajes duros de las películas del Oeste. Estaba en COU y quería hacer arquitectura

-Bueno, así que no te vas a mover. ¿Te quedas aquí en la Escuela?

-Sí. Preferiría Madrid o Barcelona, aunque tampoco me importa mucho.

No es de las peores. Estuve al año pasado tres meses en Graz. Si te digo la verdad, es allí donde me gustaría estudiar, pero como eso es imposible, me quedó aquí. ¿Y tú?

Le sonreí, -Pues... yo sí me voy .Quiero hacer industriales. La escuela está en Vigo. Además me apetece cambiar - contesté

Ya -dijo sonriendo. -Ahora lo entiendo

Estaba tan guapo cuando se reía que me parecía imposible que ese chico me estuviese prestando atención

-¿Qué es lo que entiendes?-pregunté con una mueca burlona

-Jo, que tus padres te tendrán súper controlada y por eso te quieres ir

-Bueno, no es así, pero casi.

Me sentí feliz, contenta, más segura, aunque, por supuesto, intentaba esconder mis sentimientos.

A veces, al salir del polideportivo, remoloneaba un rato para ver si lo veía. Caminaba despacio por el patio y continuamente observaba con el rabillo del ojo la puerta del centro.

Un día, al llegar, observé una serie de miradas extrañas Era verano. Las ventanas de los vestuarios estaban abiertas, por lo que sin esfuerzo se podían escuchar las conversaciones. Estaba sola en el vestuario de chicas. Los sonidos llegaban sin interferencias Sin quererlo, mientras me cambiaba, escuché una conversación que nunca hubiese querido oír:

-No me lo creo. ¿Juegas con la amiga de Ruth? -Preguntó alguien

-Pero esa chica es una bobona -observó otro

-¿Quién? -inquirió Alberto

-La que está colada por ti, Alberto

-Pero si Alberto tiene novia

-Bueno, me parece que exageráis. Soy amable con ella, pero no voy a cambiar a mi chica por otra fea y gorda.

-Pues tendrás que dejar de mirarla.

No quería seguir escuchando más .Instintivamente me tapé los oídos. Me calcé los tenis. Me encontraba torpe y me costó atarme los cordones .La conversación seguía:

-Pues si tanto interés tienes en que yo no ligue, con ella hazlo tú -señaló Alberto

-Anda ya, tío, y la paseas tú conmigo

-Es muy simpática

-Jo, y mi madre no te puedes imaginar lo simpática que es

Por fin estaba vestida. Cogí la mochila, me la colgué al hombro y salí sin mirar a nadie, a pesar de las preguntas que me hacían al pasar:

-Oye, ¿no juegas ahora a las siete?

-Elena, ¿te pasa algo?

Cuando llegué a la puerta de la calle tenía los ojos vidriosos, las lágrimas corrían por mis mejillas. Me llevé la manga de la sudadera a la cara y me restregué con ella. Empecé a caminar sin saber a dónde iba. Estaba tan absorta que al doblar una esquina tropecé con una persona

-Perdón -Fue mi disculpa

-Te va a pillar un coche si cruzas sin mirar -afirmó con cara de susto el transeúnte

Era ya media tarde y empezaba a anochecer. No sabía a dónde ir ni tampoco me importaba demasiado. En este momento pensé que nada merecía

la pena, salvo adelgazar. Me sentía trastornada, estaba en una especie de Shock. El grado de ansiedad era tal, que al pasar por una pastelería me compré una napolitana de nata y una palmera de chocolate. De repente me sentí bien.

Bajé hacia mi casa y al llegar me acerqué, como todos los días, a saludar a mi abuela. Apenas se movía, y por supuesto, ya no sabía quién era. Vivía en su pequeño mundo imaginario, del que no podía o no quería salir. Le di un beso en la mejilla y cerré la puerta. Vi luz en el salón, me acerqué. Mi madre estaba sentada vestida con una falda roja y una camisa de flores de villela, con sus largas piernas cruzadas. Sostenía un libro entre las manos

-Hola mamá -saludé con un hilo de voz

-Hola -contestó mi madre con una sonrisa.

- ¿Qué lees?

Levantó el libro y señaló la portada -Un libro sobre la reina -contestó

-¿Te gusta?

-Bueno, no esta mal. ¡Llegas pronto!

-¿Quieres merendar o cenar? Tu tía estuvo por la tarde y nos trajo una tarta de Santiago. Corta un trozo

Cogí una bandeja y corté un trozo de tarta. Al principio pensaba una esquina; lo pensé mejor y señale con el cuchillo un cuarto de la tarta. Acompañé a mi madre en el salón. Estaba viendo un concurso al que no le prestaba demasiado atención

-¿Qué tal la tarta?-inquirió

-Buena. La ha comprado en la pastelería que está en la plaza cerca del instituto.

-¿La has probado?

-Sí, pero ya sabes que el dulce no es lo mío

Miré fijamente a mi madre

-Mama, ¿Te puedo hacer una pregunta?

Me miró sorprendida, abriendo mucho los ojos. Siempre habíamos tenido mucha confianza y no evitábamos ningún tema, ni los de contenido sexual. Charlábamos de anticonceptivos, de chicos... Me obligó a ir al ginecólogo-.Verás, mejor te lo explica un médico que cualquier chico del instituto

-Oye..., el dulce y esto de la alimentación ¿por qué lo haces?

-No te entiendo -manifestó mi madre.

Era la primera vez que abordábamos un tema tan espinoso para las dos

-Sí, que nunca tomas dulce o, si lo haces, es casi una obligación.

Me miró directamente a los ojos, intentando calibrar el interés que yo mostraba por el tema. De forma pausada, midiendo mucho las palabras, contestó:

-Me imagino que la explicación puede ser cualquiera. La verdad es que siempre fui muy delgada. Con el embarazo engordé mucho y me costó bajar los kilos de más, así que empecé a cuidarme

-¿Me lo quieres contar?

Mientras saboreaba el trozo de tarta me contó la historia de la depresión posparto. Al terminar pregunté: -Pero ¿lo hiciste por papá?

-No. Al contrario, tu padre nunca me dijo, ni aun cuando tenía diez kilos de más, que no le gustaba...

-Bueno, es que él tampoco es delgado. Sólo faltaba

-Ya, hija, pero así son las cosas. Al final te acostumbras a los sabores y casi no te das cuenta de que han cambiado tus gustos. Además, fíjate en tu abuela. Lo importante es la salud. Cuando nos hacemos mayores todos nos parecemos bastante

-Me sonrojé un poco y pregunté: -¿Tú crees que estoy gorda?

Me miró con asombro. Ni siquiera intentó contestar con una sonrisa, como era habitual en ella

-¿Por qué lo preguntas? -inquirió

-Por nada

-Tú no sabes lo que es estar gorda, y además, te lo vuelvo a repetir, el físico no es lo más importante. Por cierto, ¿a ti no te gustan los chicos? .Nunca te veo con ninguno.

Miré inexpresivamente a mi madre. -¡Qué cosas tienes! -exclamé

Di por terminada la charla. Estábamos empezando a tocar temas que no me interesaba hablar con mi madre. Tenía miedo de que notase la inseguridad que empezaba a trasladar a algunos aspectos de mi vida. Crucé el pasillo.

Dejé la bandeja en la cocina y corté un trozo de queso, luego una mandarina, más tarde una pera.

Cuando estaba a punto de irme a la cama, me miré en el espejo que tenía en la habitación y vi que mi barriga estaba hinchada. La imagen que el espejo me devolvió quedó gravada en mi retina. No me gustó nada. Mi estómago se había dilatado por el atracón y me encontraba mal, muy pesada.

Me metí en la cama. Cuando escuché que mi madre me decía buenas noches, apagaba la luz del pasillo y de su habitación, me levanté y fui al cuarto de baño, que estaba al fondo. Caminé a oscuras para no molestar. Bueno, no

es cierto: para que no se enterase. Ya en el baño, encendí la luz y empecé a vomitar. Al principio, cuando metí los dedos en mi garganta, los primeros espasmos me dieron miedo. Al final al conseguirlo, me resultó fácil. Cuando mi estómago estaba vacío y noté en la boca el sabor amargo de la bilis, me encontré bien. Me mire al espejo de perfil y vi lo que siempre había querido ver: “el vientre plano”. En ese momento sentí el impulso de saltar, de gritar. Era feliz. Sin embargo, no sabía el infierno en el que iba a convertir mi vida y la de la gente que me quería.

Faltaba poco para los exámenes finales. Pasaba mucho tiempo estudiando encerrada en mi habitación. Mi madre aprendió a no molestarme. Me llevaba las bandejas con la comida para que no perdiese tiempo.

La mayoría de las veces la comida, si yo consideraba que, según mi tabla, tenía demasiadas calorías, terminaba en la basura. Había hecho una provisión de bolsas del súper, que guardaba bajo la cama, y cuando salía para ir al instituto o a la calle las metía entre los libros o las guardaba en el bolsillo para, disimuladamente, cuando llegaba a la calle, dejarlas en el contenedor o en alguna de las papeleras que había a lo largo de la acera. A veces mi madre me recordaba que existía otro mundo:

-Elena, déjalo ya. Estás todo el día encerrada, incluso los fines de semana. Tampoco pasa nada si en vez de un siete te ponen un cinco.

-Jo qué plasta, Claro que necesito, no sólo un siete, sino un ocho.

Pero, hija, no es normal. Sal y diviértete.

## TALLA XL

Nunca me había preocupado mucho la ropa. Me gustaba la de Ruth, pero a mí no me quedaba bien, por lo que, cuando empezaron los problemas, decidí cambiar mi forma de vestir. Al principio al probarme ropa, me miraba en el espejo del probador metiendo la barriga hacia dentro para disimular lo que, según las revistas de mi madre, eran michelines. La realidad es que pretendía vestir una 16 cuando mi talla era la 18. Cuando logré adelgazar y casi me cabía la 14, la imagen que veía en el espejo tampoco era la que yo quería ver, por lo que, cuando iba de compras, cogía un montón de ropa para, al final, a veces dejarla toda en el probador.

-Mamá, necesito dinero para comprar unas sudaderas y unos vaqueros.

-Coge en la cartera de la habitación el dinero que necesites Si no te llega, te doy más. ¿Cuánto crees que te vas a gastar?

-No tengo ni idea. Hace tiempo que no me compro nada

Mis esfuerzos de esa tarde para buscar. Tanto pantalones como camisetas talla XL dieron sus frutos. Era obvio que me quedaban grandes: quería ocultar mi cuerpo. En ese momento los huesos de la espalda se empezaron a marcar

## **ABUELA, ADIOS**

**Un día, cuando llegué a casa, me encontré las luces apagadas y la casa en silencio: “¡Qué raro!”, pensé. Al entrar encendí la luz del hall. Vi sobre la mesa de la entrada un folio con la letra de mi padre:**

**“Elena estamos en el hospital con la abuela. Te llamamos”**

Dejé mi bolsa de deporte en la cocina. Me había quitado los calcetines sudados.

Aunque en los últimos años mi abuela vivió en su particular universo, para definirlo habría que ser médico y yo no lo soy. Recordé, en esa cálida noche de verano, muchas escenas de nuestra vida que, como una película, pasaron ante mí. La recordé con mi abuelo cuando me llevaban a la Playa de Riazor y, cogidos de la mano, me metían en el agua; cuando me compró el vestido de la primera comunión; preparando la comida de navidad durante horas y horas, con su mandil de flores azules, mientras yo hacía de pinche, pelando patatas o batiendo huevos. La bici que me encontré el día de reyes en su casa con un gran lazo rojo. Los patines, con los que estuve a punto de pegarme el trompazo de mi vida. Sentí sus besos en la mejilla, la calidez de sus abrazos, el calor de sus ojos. Evoqué su tristeza cuando ingresaron a mi abuelo y no recuerdo ahora, cuántos días después, me abrazó diciendo: “El abuelo ya no está”.

Añoré los últimos tiempos cuando le cogía la mano o le leía un libro por la noche. Cuando la miraba, a veces parecía sonreír, otras me seguía con su mirada, como si con este movimiento quisiese decir: "Sigo aquí".

Un buen día dejó de hablar. Sólo emitía pequeños sonidos. Sus ojos estaban tristes, no sé, yo diría que ausentes. Parecía, cuando me quedaba con ella, que estaba muy lejos de esa habitación, en otro lugar, quizá en otro mundo, el mundo de los sueños en el que todos querríamos vivir.

Me acosté esa noche, como siempre, sin cenar y con una inmensa tristeza. A las siete de la mañana oí el cerrojo de la puerta y los pasos primero de mi padre, luego los tacones de mi madre. Me levanté y cuando me puse la bata salí al pasillo. Mi madre estaba dejando el bolso en la entrada. Unas profundas bolsas azuladas rodeaban sus ojos. Me pareció muy mayor. Tenía la falda arrugada y el pelo revuelto

-Mamá...

Rodeé con mis brazos los tensos músculos de mi madre. No sé si lo que dije tuvo o no sentido: -Mamá, es mejor así. Esto no era vida.

Mi madre se abrazó a mí y lloro, lloró hasta que no le quedaron lágrimas. Fueron momentos muy duros.

El día del entierro, cuando los empleados del cementerio cerraban con ladrillos el nicho, sentí cómo el corazón se partía en dos. Abracé a mi padre, que en ese momento intentaba contener las lágrimas. Me pasó el brazo por mi hombro y lloré sobre su camisa azul.

Salimos del recinto cuando todos los que nos acompañaban se fueron. La brisa mecía los cipreses de la entrada. Subimos al coche y nos dirigimos en silencio a casa. Cuando entramos, mi padre se derrumbó, se tapó las manos

con la cara y empezó a sollozar. Intenté consolarlo, pero mi madre estiró su brazo, colocó su mano en mi hombro y dijo:

- Elena, déjalo, es mejor.

Nos sentamos en el salón. Mi madre se descalzó.

Nos quedamos en silencio. Oíamos los sollozos entrecortados de mi padre. Así paso algún tiempo. Mi madre se levantó restregándose sus ojos, hinchados.

-Elena, estoy agotada, no puedo más. Me voy a la cama.

Encendí la televisión. Me quedé un rato en el salón, pero era incapaz de seguir el programa. Sólo veía una sucesión de borrosas imágenes que no me decían nada, apenas escuchaba los diálogos, por lo que decidí apagarla y salir del salón.

Al día siguiente era sábado. Al levantarme me encontré a mi padre en la cocina. Estaba despeinado, con la camisa del pijama mal abrochada. Tenía los ojos enrojecidos, hinchados, enmarcados por unas profundas bolsas negras que le habían crecido bajo los párpados. La piel sin afeitarse parecía oscura; su mirada, fija en la taza del café, su mano derecha dada vueltas y vueltas a la cuchara, como si participase en alguna especie de ridículo concurso para ver quién era capaz de dar más vueltas en menos tiempo.

-Hola. ¿Has dormido? -pregunté

-No -Fue su cortante respuesta.

Siguió dando vueltas a la cuchara sin prestarme atención. Al sentir el aroma evoqué las letras de mi abuela: C-A-F-E y, me entristecí.

Salí de la cocina. Allí no se me perdía nada y mi padre quería estar solo. Entré en el dormitorio de mis padres. Eran ya las ocho. Por los visillos se filtraba una pálida luz

-Mamá.

Mi madre, que en ese momento estaba recostada sobre el lado derecho mirando, hacia la pared, se incorporó y me dijo:

-Dime

-Bueno, me voy a duchar ¿Quieres algo antes de que me meta en la ducha?

-No, déjalo. Me levanto en unos minutos

Me metí en el cuarto de Baño, abrí el grifo del agua caliente y sentí durante mucho tiempo el agua sobre mi cuerpo. El olor del gel me volvió a recordar a mi abuela cuando ayudaba a mi madre a bañarla.

Evoqué, la primera vez que lo hice. Tenía todavía momentos de lucidez. Protestó enérgicamente: “¿Cómo me a lavar Elena”? “¡A qué paciencia, qué paciencia! -Contestó mi madre -¡Cómo si la niña se fuese a sorprender de algo!”

## SOLA EN CASA

Mis padres intentaron recuperar su vida, la que durante los dos últimos años no habían tenido. Al principio estaban, como ausentes apenas hablaban.

Un día de verano intenté un pequeño golpe de efecto

-¿Oye -les dije un día cuando estábamos viendo la televisión-, ¿por qué no os vais unos días de vacaciones yo puedo quedarme sola, y si no queréis, me voy con la tía.

-Es imposible. ¿Cómo nos vamos a ir ahora? -contestó mi madre

Me dio la impresión que la coraza de mi padre se rompía.-No es mala idea aseveró, levantándose de la mesa

Era evidente que llevaban años viviendo una vida que no habían planeado. La pasividad con la que afrontaron el paso de los días durante la enfermedad de mi abuela los había marcado tanto que llegué a pensar que nunca podrían volver a vivir.

Pasaron los días y un sábado por la mañana mi padre llegó a casa muy contento. Mi madre había ido a la peluquería. Estaba sola. Me había puesto una camiseta enorme que me llegaba casi a la rodilla, sin mangas. Oí el ruido de la llave en la cerradura y la puerta se abrió

-¿Paloma? -preguntó mi padre

Me asomé desde la cocina.

-Papá, mamá está en la peluquería

Se acercó por el pasillo y se quedó mirándome fijamente desde la puerta. Recuerdo que llevaba unos pantalones color arena y un niqui burdeos de verano. Sobre los hombros, anudado al cuello, su eterno jersey azul. Su rostro risueño se transformó en una máscara, sustituyendo esa expresión amigable por una mucho más tosca. Abrió mucho los ojos, mirándome, como si de una aparición se tratase.

-Elena, estás muy delgada.- aseveró

Esbocé una sonrisa, pero creo que fue una mueca. No pude reír. El vello se me erizó y sentí mucho frío. Como pude, contesté:

-Papá, estoy como siempre. Con los exámenes sabes que me pongo nerviosa y a lo mejor he adelgazado un poco.

-Bueno, pero deberías comer un poco más. Lo hablaré con tu madre

Allí estaba yo, plantada en medio del pasillo, con mi secreto al descubierto, intentando desviar la atención de mi padre. Dije lo primero que me vino a la cabeza:

-No la preocupes. Después de lo de la abuela, no esta muy bien. Por cierto, ¿de dónde vienes?

-Ah -sonrió, agitó un sobre-, le voy a dar una sorpresa a tu madre. Nos vamos a París. Sé que siempre quiso ir y, bueno, se lo merece. En fin, nos lo merecemos los dos después de estos años.

Tuve la peor idea de mi vida: me acerqué y le rodeé el cuello para darle un beso en la mejilla. Sus enormes brazos me tocaron la espalda y se sobresaltó.

-Elena, ¿y estos huesos?

-Papá, qué pesado –contesté, rehuyendo su mirada.

En ese momento sonó el teléfono.

-Cogelo tú .Me voy a vestir. He quedado a las doce

Me encerré en mi habitación, planificando, cómo podía sobrevivir al escrutinio de mi padre. Me vestí con mi habitual ropa XL y salí al pasillo.

-Papá me voy -de forma muy sibilina le comenté-: Si le dices a mamá que estoy delgada, se va a preocupar y no os vais de vacaciones.

Quizá mi padre no analizó suficientemente mis palabras. Sonrió:

- Bueno, me imagino que tú y tu madre sois iguales con eso del régimen, pero si no comes, se lo digo.

Me quedé pensando si eso era una amenaza o simplemente fue lo primero que se le ocurrió decir. Pasé por alto su mirada, así que, bien por ahora está controlado

Era evidente que mi suerte estaba a punto de cambiar, sólo que yo me creía tan lista que no fui capaz de intuir la verdad.

Mis padres se fueron de viaje diez días. Ni que decir tiene que decidí comer como siempre. Cada día llevaba una pequeña bolsa a la basura con la comida que mi madre me había dejado preparada en el congelador. Ni me molestaba en descongelarla: CONGELADOR- BASURA, ése era el camino. Seguro que los gatos de mi barrio durante esos días fueron felices.

Había terminado el curso y me pasaba el día vagueando, tirada en la cama, escuchando música y alimentándome únicamente de yogur, queso y fruta.. Perdía el tiempo abriendo y cerrado cajones. Paseaba por el pasillo...

Todos los días me pesaba en la báscula del baño. Había adelgazado dos kilos en diez días: objetivo cumplido

Mis padres volvieron de vacaciones bastante relajados.

Mi madre y yo nos conocíamos muy bien. Al fin y al cabo me parió y durante años fue mi amiga, mi confidente...

Nada más entrar vi en sus ojos que mi padre le había dicho algo. Se quedó largo rato paseando su mirada por mis brazos, mis piernas, mi cara, mientras me hablaba del viaje. Mis fantasías sobre lo bien que me sentía, lo divina que estaba, lo ágil que me encontraba tenían fecha de caducidad.

Al día siguiente, cuando estaba en la ducha, entró empujando la puerta del baño, cosa que nunca, en los dieciséis años que tenía de vida, había hecho, salvo, me imagino, cuando de bebé me bañaba. Me miró fijamente y se tapó la boca con la mano. Me cogió tan de sorpresa, que mis brazos cayeron cuan largos eran a lo largo del cuerpo. Por fin, reaccionó:

- ¡No me lo puedo creer! ¡Dios mío..., das asco!

La miré sin poder articular palabra. Se dio la vuelta y se fue dando un portazo. No tenía fuerzas para enfrentarme a ella. Me había imaginado cientos de veces cómo reaccionaría ante una situación así, pero el guión que mentalmente había imaginado no tuvo un final feliz. Estaba temblando. Rodeé el torso con mis brazos. Lloré y lloré... No sé cuánto tiempo estuve allí. Por fin salí.

-Elena -me llamó desde el salón, con una voz fría y cortante como un cuchillo de acero .

-Sí -contesté con un hilo de voz.

-Acércate –ordenó.

Al entrar la vi sentada con sus piernas cruzadas, muy erguida sobre el respaldo del sillón. Llevaba un traje camisero verde, que hacía resaltar sus ojos .Con la mano derecha daba vueltas y vueltas al anillo de casada.

-Cuando tu padre me dijo que estabas muy delgada, le quite importancia. Ahora lo entiendo. Esos horribles jerséis que te pones me impidieron ver tu cuerpo. No sé si tienes algo que decir.

-Ma...má –balbuceé-, no es lo que piensas. Me puse muy nerviosa con los exámenes y no te quería preocupar más. Ya tenías bastante con la abuela.

-¿Cuánto has adelgazado? -preguntó con voz enérgica.

-Mamá no sé. Sí tengo menos talla -contesté sin convicción.

-Mi madre no hizo ninguna concesión a la complicitad:

¿Cuánto?...Verás, Elena, o me lo dices o te quitas el albornoz y te pesas en el cuarto de baño. Creo que eres adulta y no será necesario que volvamos al baño. Deja de ser una niña o de considerarte como tal.

-Peso cuarenta y cinco kilos

-¿Me quieres explicar qué has hecho con la comida que te dejé?

Sorprendida y muy nerviosa, repasé mentalmente alguna explicación lógica para dar por concluida la conversación.

-Mamá, yo como, pero algo menos

-¿Qué crees que estas haciendo, E-le-na? -dijo pronunciando mi nombre muy despacio.

-Por favor, mamá -dije bajando la cabeza y tapando mi cara con las manos para que mi madre no me viese llorar.

-Elena, te estás haciendo daño, mucho daño.

-Por favor..., no es lo que piensas

-¿No?

Mi madre se levantó, dirigiéndose a la cocina. Se giró antes de salir sobre sus talones y me miró

-Bueno, a partir de ahora vamos a comer juntas, cosa que no hacemos desde hace tiempo.

-Sí -Farfullé

Salí del salón y me encerré en la habitación. Tenía un verdadero problema: era incapaz de disfrutar la comida. A veces, cuando veía un filete en el plato, quería levantarme y olvidar que tenía que comer. Había perdido el sentido del gusto y cuando ingería varias cucharadas de algo o medio filete, sentía arcadas, náuseas tenía la sensación de que mi estómago no podía más.

Mi madre, sin dar lugar a muchas concesiones y con voz autoritaria, me sacó de la habitación.

-Elena ,pon la mesa. Tu padre está a punto de llegar.

Mi padre, que estaba de vacaciones, llegó al cabo de media hora. Nos sorprendió con una tarta de frutas rellena de crema y con mermelada encima de los melocotones, la piña, el kiwi...

-Elena, cogí una tarta a ver si engordas -comentó sin malicia

Esboqué, más que una sonrisa, una mueca. Lo que faltaba: mi padre haciéndose el gracioso y, para colmo, con un postre lleno de calorías.

Ese día había paella. Di vueltas cien veces a los granos de arroz. Cuando mis padres, desesperados, estaban a punto de levantarse, terminé y les dije

--Yo recojo. Ya veis que he comido. Si queréis meto los platos en el lavaplatos y hago café para tomar con el postre.

-Bien -contestó mi padre sonriendo

Mientras los escuchaba hablar, puse el lavaplatos y me fui corriendo al cuarto de baño, levanté la tapa, me arrodillé en el suelo y metí los dedos tan dentro que las arcadas fueron inmediatas.

Cuando terminé me puse rápidamente en pie, me limpié las manos, la cara, tire de la cadena, abrí la ventana y volví a la cocina, donde el café estaba a punto de salir. Durante meses perfeccioné tanto este ritual, que me parecía imposible que pudiesen llegar a notarlo.

Cuando llegué con la tarta, dejé la bandeja sobre la mesita y corté tres pedazos pequeños.

-¿Sólo vas a comer eso? -Preguntó mi madre

-Jo, mamá. Si quiero más repito -contesté .Por supuesto, no lo hice

## EL AGUJERO NEGRO

El verano se terminó y empecé COU, para mí el curso definitivo; mis notas hasta entonces habían sido muy buenas, pero si quería irme a Vigo no me quedaba más remedio que estudiar.

No había vuelto a ver a Ruth desde que había acabado BUP. Me enteré por Ana, una amiga común, que se había matriculado en peluquería. Un día vino por el instituto y me miró asombrada.

-¿Estas enferma? –Preguntó.

-¡Yo! –exclamé. -No sé por qué lo dices.

-Estás muy delgada y tienes muchas ojeras.

-Claro, si quiero hacer, ingeniería tengo que estudiar.

-La verdad, Elena, no entiendo que quieras pasarte años estudiando para hacer ingeniería y cuando termines te paguen lo mismo que a mí siendo peluquera, y eso, si tienes suerte -dijo sonriendo

La mire con odio. ¿Cómo podíamos haber sido tan amigas?

-Cada una eligió su camino -argumenté-. Tengo prisa. Llego tarde.

Una tarde, al volver del cine, mi madre me llamó. Vi luz en la cocina y me imagine qué la voz salía de allí.

-Elena -llamó mi madre

-Sí estoy aquí -confirmé

Mi madre salió del office con el cesto de la ropa limpia. Me miró de arriba abajo. Clavó su mirada en mis pupilas.

Oye, verás. No te molestes, pero ¿tienes la regla?

Me quede fría. Las piernas me temblaban y apenas podía sostenerme en pie. No me esperaba esa pregunta. Sabía que mentirle en este caso era absurdo, así que le dije, mirando al suelo:

-Hace meses. Cuando los nervios de los exámenes dejé de tenerla.

-Elena, si no te importa, mírame -levanté los ojos .Sus ojos verdes se clavaron de nuevo en mis pupilas-. ¿Cómo has podido callarte esto? ¿No te das cuenta de que puedes tener un problema?

-Por, favor mamá, estás sacando todo de quicio –protesté con un hilo de voz.

-¿Sí?-inquirió

-Si, sí -afirmé

-¿Estás tomando anticopcetivos? ¿Tienes alguna relación que me quieras contar? Prefiero que tomes precauciones. Bueno, me gustaría que no te lanzases tan pronto, pero eso, como decís los jóvenes, lo hacéis cuando os viene en gana.

Mi voz queda atrapada. Tenía la boca seca. Las palabras no me salían. La miré enfurecida y al fin contesté:

-Mamá no me acuesto con nadie. Sólo tengo dieciséis años

-¡Cómo si eso fuese un inconveniente! –exclamó-. Voy a pedir cita a tu ginecólogo

-¿Por qué? -Pregunté enfadada.

-Te lo he explicado, contesto con voz fría

-Jo, qué chorrada. Me parece una tontería empezar ahora con análisis, con todo el trabajo que tengo. ¿Por qué no esperamos a Navidad?

No sé cómo tranquilicé a mi madre, y dijo:

- Vale, pero veo que, aunque comes, no sé, falla algo. Te noto triste. Hablé con Carmen el otro día -señalo –y me comentó que hay muchos casos de anorexia.

Fui incapaz de seguir soportando su mirada. Me perdí en el universo de la nada, incapaz de reaccionar. Como pude, conteste:

-Verás, no tengo anorexia. Es como si yo te dijese a ti que, como siempre estás a régimen, pareces enferma.

-¿Me estás culpando de algo? -preguntó buscando mis ojos.

Sostuve su mirada.

-No, por supuesto que no, pero tú también, cuando te creías gorda, te cuidabas. ¿No te acuerdas?

A mi madre le brillaban los ojos

-Elena, no es lo mismo. Yo, tras el parto, engordé y quería recuperar mi talla. Tú siempre has sido así, fuerte, pero no gorda. Tienes la constitución de tu padre, de tu abuelo...

-Vaya, qué consuelo. A lo mejor termino con barriga cervecera.

-No me parece una buena respuesta -alegó cortante.

Mi madre se quedó intranquila .A los pocos días me sorprendí al verla a la salida del colegio. Cuando caminaba hacia la puerta con un grupo de mi clase.

-¡Oye!, ¿no es ésa tú madre? -preguntó Luisa

-Sí. No tengo ni idea de lo que hace aquí. Me acerqué a mi madre. Apoyada en la pared del instituto, me observaba muy seria agarrando su bolso oscuro con las dos manos

Vestía un traje de chaqueta marrón y llevaba un pañuelo de flores beige y verde anudado al cuello. De uno de sus brazos colgaba la gabardina. Al pasar por su lado me despedí de mis compañeras.

-Hasta luego -dije haciendo una mueca

-Vaya soy demasiado mayor para que vengas a buscarme -le dije al llegar.

Mi madre no contestó. Simplemente dijo:

-Vamos

-Vamos ¿a dónde?

-Al psicólogo

Caminamos en silencio durante, media hora, hasta llegar a un edificio de catorce pisos. Una placa dorada, en la puerta, señalaba la planta. Entramos y pulsamos el timbre. Una chica nos indicó el camino. Esperamos unos minutos en una sala pequeña con una ventana por la que entraba luz natural. Una puerta cerrada en medio de la pared formaba parte del decorado, junto a un sofá blanco tapizado con grandes flores azules y una mesa de cristal como único mobiliario. De una de las paredes colgaba la orla. ¿Quién sería? Paseé mis ojos intentando poner cara a una persona que no conocía. Casi cien fotos, cien sonrisas me miraban desde lo alto, jugando conmigo a una especie de extraño "Trivial".

La puerta que estaba enfrente del sofá se abrió. Una chica encantadora, muy joven, vestida con una falda de pana color tostado y una camisa de flores del mismo color, nos sonrió

-Buenos días -saludó con cortesía-. Pasen

Primero nos entrevistó a mi madre y a mí. Después indicó a mi madre que saliese para hablar sólo conmigo. La psicóloga tenía muy poca experiencia. Me hizo una serie de preguntas superficiales

No he dicho, por modestia, que soy una persona bastante inteligente, muy perfeccionista, demasiado ordenada, por lo que en esa primera entrevista fue bastante fácil mentir.

Después hizo pasar a mi madre. Yo salí.

Su afición a las revistas y a los regímenes dietéticos pesaron como una losa a la hora de hacer el diagnóstico. Fue tan transparente, tan sincera, tan honesta, como lo era habitualmente en su vida, que la chica encontró enseguida la relación causa / efecto.

-Es verdad que está muy delgada, pero la causa es el estrés. Parece una niña socialmente adaptada, aunque, claro, con la presión social que a través de los medios se hace, las chicas de esta edad siempre están gordas... De todas formas, por favor, retira las revistas que contengan dietas o hablen de comida - Fue lo que mi madre me contó al salir.

Salimos bastante contentas, aunque observé, camino de casa, a mi madre cabizbaja, muy callada. Creo, como diría la psicóloga, tenía cierto sentimiento de culpa.

Me imagino que su vida no fue fácil, pero lo acepto. No tener una vida social muy activa, salvo la familia y contados amigos de mi padre, con los que compartían cenas y algún día playa en verano, la hizo vivir un mundo que no era suyo a través de la vida de otras mujeres a las que nunca llegó a conocer.

Los divorcios de la Preysler, de la Bordiú, el baile de la rosa en Montecarlo, los escándalos de Carolina y de miles de personajes que

semanalmente se asoman a la vida de mujeres, que, como mi madre, buscan a través de estas publicaciones algún tipo de evasión, formaron parte de su vida cotidiana.

Sin embargo, ahora que el tiempo ha puesto a cada uno en su sitio, creo que lo hizo bien, que fue una buena madre, que quiso siempre lo mejor para mí.

En esos meses, entre noviembre y diciembre, estuvo muy, muy pendiente de mí. Casi no me dejaba sola, me seguía con su mirada por toda la casa. Sentía el escrutinio de sus ojos cuando llegaba del instituto. Hacía preguntas intrascendentes con el fin de hurgar en mis sentimientos. Sin embargo, yo seguía engañándola. Me pesaba todos los días y, aunque a veces era complicado encerrarme en el cuarto de baño para vomitar la comida que me obligaban a ingerir, siempre había algún descuido

La báscula del baño era mi principal aliada. Estaba tan obsesionada (ahora diría enferma), que llegué a pesarme por la mañana, al mediodía y por la noche.

Me vestía con camisetas y jerséis, no ya para disimular mi cuerpo, sino porque estaba la mayor parte del tiempo helada, incluso cogía la manta eléctrica de mi abuela para poder dormir. De cuando en cuando, para disimular venía alguna amiga a casa a estudiar.

Había dejado el tenis. Estaba demasiado agotada física y mentalmente. Salvo las reuniones antes de clase o en el recreo, apenas salía ya.

Sin embargo, logré convencer a mi madre de que no salía por estudiar. Mis notas siempre habían sido buenas, pero necesitaba un siete para entrar en industriales. Los fines de semana, cuando mis padres estaban en casa, me

encerraba durante horas en la habitación. Su presencia empezó a molestarme y sus preguntas me acosaban.

Un día por la mañana, al pesarme, vi en la báscula que ya no pesaba 45 kilos, lo que había llegado a pesar en el verano, sino 45,5. Odié a mis padres por obligarme a comer, por ser tan rígidos. No los quería ni ver

Al abrir la puerta de casa cuando volví del instituto, el olor de la comida me puso enferma. Saludé a mi padre, que estaba fumando su habitual cigarro en el salón, leyendo el periódico

-¿Qué tal papá? -saludé

Elena, ven un momento -dijo mi padre levantando los ojos del diario. Entré en el salón. La pálida luz del sol de invierno traspasaba los visillos de la ventana. Salvo el cenicero sucio, lo demás estaba impecable: no había ni una mota de polvo. Me fijé en la foto de su boda, en la de mi primera comunión... Mis ojos deambulaban perdidos en el espacio sin atrever a enfrentarme a su mirada. Mi padre jamás hizo ningún comentario sobre mis problemas pero yo intuía que lo sabía todo.

-Elena –repitió-, un compañero tiene un hijo en segundo de industriales en Vigo. Estuvimos charlando con el fin de ver cómo nos arreglamos contigo.

¿Has pensado algo? -inquirió

Respiré tranquila. Me senté en el sofá y, más relajada, contesté:

-Pues, no sé. No estoy segura

Mi padre apagó el cigarro y se levantó

-Piénsalo y lo hablamos con tu madre

-Vale.

Salí al pasillo y crucé a mi habitación, dejé los libros y pasé a la cocina, donde mi madre terminaba de preparar una menestra de verduras con jamón. Ya ni eso me apetecía.

-Hola, mamá -me acerqué al fregadero y me lavé las manos-. ¿Pongo cuchara o sólo cuchillo y tenedor? –Pregunté.

-Sólo cuchillo y tenedor -contestó.

Asentí con la cabeza y me dispuse a coger los cubiertos y los platos .El teléfono sonó varias veces.

-Elena, es para ti -dijo mi padre.

Estiré todo lo que pude el cable con el fin de que escuchasen la conversación que con mi amiga mantenía para que esa tarde no me agobiasen cuando intentase salir.

-Sí, claro, me paso por tu casa -dije elevando el tono de voz y enmarcando mucho mis palabras- .Vale, llevo los apuntes de mates... No, no, si lo de los átomos e isótopos también lo he resuelto .Nos vemos –colgué.

Entré en el comedor. Mi madre estaba esperando a que terminase para empezar a servir. Me senté intentando sonreír. Mi padre hizo alusión a la conversación.

-¿Vas a salir?

-Sí. Tenemos varios exámenes esta semana y la próxima. Luisa quiere hacer arquitectura y necesita creo que un ocho

-Pues sí que está difícil. Si quieres, te llevo -dijo mi padre antes de llevarse el tenedor a la boca

-No. Si es aquí, vive al lado del Observatorio, donde esta el Colegio de las Adoratrices.

-Ah, bueno. Entonces no tardas ni cinco minutos. Pero si quieres volver tarde, te recojo.

-No, no te preocupes. Vamos a terminar pronto.

Las comidas en mi casa, desde que mi abuela murió, se hacían escuchando la televisión, por lo que hablar no lo hacíamos a menudo, salvo para comentar alguna noticia impactante, como catástrofes naturales, guerras o política.

Mi madre se fue ese día antes. Iba a la peluquería

-Ya termino, mamá. No te preocupes. Tengo tiempo.

Mi padre fue el segundo, a las cuatro y media.

-Hasta luego, Elena.

-Adiós.

En cuanto se fueron corrí al cuarto de baño y vomité. Cuando terminé, me arreglé y me fui.

Llevaba varios días dándole vueltas a la báscula. No iba a ceder ni un gramo. Tenía que volver a 42 kilos. Había visto en la publicidad de una revista unas pastillas para adelgazar que se vendían en la farmacia. Decían en el folleto que el vientre, mi obsesión, se quedaba liso, liso y esos kilos demás desaparecían en unas semanas, "eficacia probada".

La farmacéutica del barrio me conocía, por las medicinas de mi abuela, y, aunque estas pastillas se vendían sin receta médica, no quería correr ningún riesgo. Por eso ideé la excursión.

## LA FARMACIA

Al salir el tímido sol de la mañana se había ocultado tras gruesas nubes negras. Estaba lloviendo. Llevaba un chubasquero y unas botas de agua, además del paraguas. La tarde era desapacible. A medida que me acercaba a la zona del estadio, el viento era más fuerte. Cuando llegué, la farmacia estaba abierta. Dentro había dos personas más. La auxiliar las estaba atendiendo

-La próxima vez le decís al médico que escriba claro. No sé si pone amoxicilina, auxina... De verdad, menos mal que os conozco y sé cuál es la medicación...

Una mujer rubia, bastante joven, con el pelo rizado, se dirigió a mí:

-Dime, ¿que quieres? –preguntó sonriendo

Al mirarla vi la placa “Farmacéutica titular” colgada en su bata blanca.

-A sí quería “... Vientre plano”.

-Ah –fue su respuesta

Se quedó un rato observándome y cuando creía que me iba a dar la caja, que justo estaba colocada a su espalda, me preguntó sin rodeos:

-¿Son para ti? -inquirió mirándome a los ojos

-No -dije en un tono poco convincente-. Son para mi madre

-Ya. ¿Vives por aquí?

-Sí, al lado de las Adoratrices -contesté mintiendo y evocando la dirección de Luisa.

-¿Tienes algún documento que te identifique?

-No -la miré sorprendida.- Mi madre me dijo que no era necesario.

La farmacia se quedó vacía .Las otras clientas se habían ido, así que nos quedamos la auxiliar, la farmacéutica y yo.

-Bueno, es verdad, pero, si puedes, dile a tu madre que se pase por la farmacia. No por nada .Las pastillas no tienen problemas, pero mejor la informo un poco.

Instintivamente metí las manos en los bolsillos. Había dejado los apuntes encima del mostrador y la farmacéutica se había fijado en mis manos. Apenas tenía uñas: me las mordía.

La piel del índice y corazón estaba destrozada del esfuerzo que hacía cuando, al meter los dedos para devolver, los rozaba con los dientes.

-Bueno le va a venir mal acercarse pero cuando vuelva a casa vengo con ella –contesté, sin saber cómo terminar esa conversación.

-Hasta luego -dije al salir

Me quedé frustrada. Uno de los principales problemas que tenía era el estreñimiento.

Cuando mi abuela vivía estaba solventado. Ella tenía que tomar laxantes, por lo que unas gotas más o menos apenas se notaba cuando desaparecían del frasco. Es más, durante una larga temporada los seguí comprando, hasta que un día mi madre encontró un frasco en mi habitación

-Elena, eres una despistada ¿Qué hacen las gotas de la abuela aquí?

-Mama, no sé de qué me estás hablando

-Elena, las gotas de la abuela.

-No sé, no estoy segura. A lo mejor las cogí y las dejé en la cómoda sin darme cuenta.

En ese momento no sabía cómo salir de esa situación. Mentir se había convertido en mi tabla de salvación, así que terminé creyendo mis propias mentiras.

Cuando pisé de nuevo la calle, estaba helada. El viento soplaba más fuerte y apenas podía retener el paraguas. Crucé corriendo la calle y avancé de prisa hacia la casa de Luisa. El ruido del agua cayendo sobre la calle me acompañó todo el camino. Toqué el timbre del portero automático. Enseguida Luisa abrió la puerta y entré. Me esperaba bajo el dintel de la puerta abierta cuando salí del ascensor

-Hija, pareces un pollo ¡Estás empapada!

En ese momento no sabía el porqué de la tiritona. Mis dientes castañeteaban y no dejaba de temblar

-Pasa y dame el chubasquero. ¿Te caliento un vaso de leche?

Me quité la ropa húmeda y se la entregué.

-Mejor un té. La leche no me gusta mucho -aseveré

-¿Y el colacao? -preguntó solícita.

-No .Está bien, si tienes té, mejor.

-Mis padres no están, pero vamos a estudiar en mi habitación. Si quieres, espérame allí. ¿Sabes donde esta?

-Claro, -contesté.

Salí al pasillo y pasé dos puertas de madera. Al fondo, al lado de un cuarto de baño, estaba la habitación de Luisa. Tenía el flexo encendido y la luz del techo también. El día era muy oscuro, así que parecía de noche. Sobre la mesa estaban los apuntes y los libros.

Siempre me había gustado esta habitación. Las paredes eran de color crema y sobre la cama había un edredón blanco (no sabría definirlo), blanco oscuro, con flores pequeñas naranjas y verdes. En un rincón tenía una pequeña mesa con el ordenador que le habían regalado sus padres en la última Navidad. Me senté, en la silla que estaba libre al lado de la mesa llena de folios y con el libro de física abierto por los isótopos radiactivos. Observe dos cuadros pintados por Luisa. A las dos nos gustaba la pintura y ella era buena (aplicaba sus colores favoritos, verde, azul y amarillo con trazos fuertes y seguros como hacen los expresionistas). Uno de los cuadros era su perro “Tin”; el otro, la playa de Riazor un día soleado y con pequeñas manchas de colores que simulaban bañistas.

Oí cómo se acercaba por el pasillo. Traía una bandeja con dos tazas de porcelana y una tetera que desprendía olor a “Earl Grey”. Colocó la bandeja haciendo un aparte a los numerosos folios desperdigados. Se sentó en una silla de mimbre.

- ¿Tienes frío? –Preguntó.

-Estoy helada .¿Tienes un albornoz o una bata?

-Sí, oye, si quieres también compartimos calcetines -nos reímos juntas-.  
¡Oye, que están limpios! -exclamó

-Ya -le contesté-. Me imagino que no son como los de Carlos, que comparte en gimnasia los de todo el mundo porque los suyos siempre están sucios.

-Es un cerdo -añadió riendo.

El té me reconfortó, pero sentía el estomago vacío y la frente la tenía tan caliente que ,si no fuese invierno, pensaría que me había dado una insolación

La tarde pasó. Resolvimos los problemas de física, pero yo me encontraba muy mal. Al levantarme noté que se me iba la cabeza, no tenía fuerzas para ponerme en pie. Intenté disimular, pero no pude engañar a Luisa. Como una buena pintora, tenía un sentido de la percepción muy desarrollado y captaba los pequeños detalles que la mayoría de la gente no percibe..

-Elena, te veo mal

La mire casi sin verla

- No .Es que me dio un pequeño mareo

Me agarró para ayudar a levantarme.

-Ponte sobre la cama -me tocó la frente-. Chica tienes fiebre -dijo

Me tumbé en la cama y salió de la habitación. Al poco llegó con un paño de cocina y unos cubiletes de hielo en un vaso.

-Te voy a poner hielo ¿Llamo a tus padres?

Sin fuerzas, le dije:

-No. Si les digo que no me encuentro bien, no iría a los exámenes.

-Mi madre está a punto de llegar. En cuanto entre le digo que saque el coche del garaje y que te lleve.

-No, no la molestes -no pude continuar.

No sé si fue el hielo o el estar recostada lo que hizo que pasados unos minutos me encontrase mejor. No obstante, cuando Luisa oyó la llave de la puerta salió disparada.

-Mama -dijo acercándose por el pasillo hacia su madre

-Hija, estoy empapada. Por favor seca a "Tin". Con lo que llovía no quería mear. Estuvimos bajo el tejadillo de un portal más de quince minutos. El señoríto no se quería mojar...

-Mamá -interrumpió Luisa

-Sí, dime -alegó su madre levantando la cabeza, mientras intentaba sacarse las botas de agua.

-Esta aquí Elena. Se pilló un remojón cuando venía hacia aquí. Creo que debía de estar ya con la gripe, pero está fatal. ¿La puedes llevar?

-Sí, mujer, como poder, puedo -dijo intentado volver a ponerse la bota que había salido del pie.

-Verás, si llamamos a sus padres, seguro que se ponen histéricos, como os pondríaís vosotros, y la semana que viene tenemos evaluaciones.

-Vale, vale, no hay problema

El perro había mojado todo el parqué. Las huellas se habían quedado reflejadas en la madera.

-Por favor, seca a "Tin". Déjalo en la cocina .Voy a sacar el coche. Me esperáis en la puerta del portal sin salir, no os vayáis a mojar.

Luisa volvió a la habitación . Me pude levantar sin problemas aunque me agarré a su brazo. Avanzamos por el pasillo hasta la puerta.

- Espera ,voy a dejar a "Tin" encerrado en la cocina.

-“Tin”, vamos, vamos. El perro, que estaba echado sobre la alfombra del salón, salió meneando su rabo. Luisa cerró la puerta de la cocina y apagó la luz. “Tin” se puso a ladrar.

-Jo, mira que es pesado. No le gusta nada quedarse solo.

El ascensor llegó y nos subimos

—¿Estás bien? —preguntó

--Sí. La verdad es que no tenías que acompañarme.

Al llegar al portal observamos el coche blanco de su madre aparcado en doble fila. Abrimos la puerta y el viento y la lluvia nos golpearon de frente. Atravesamos corriendo los escasos metros entre la acera y el asfalto abriendo las puertas de atrás y dejándonos caer de golpe tras el asiento del conductor.

-Hola -saludó la madre, dirigiendo su mirada a través del retrovisor

-Hola. Siento molestarte -dije secándome con un klínex la cara-. Ya me encuentro mejor.

El coche se puso en movimiento. El tráfico estaba complicado y apenas se veían, entre la cortina de agua, las luces de los coches.

La madre de Luisa volvió a mirar por el retrovisor -No es molestia -cambió de nuevo el sentido de su mirada-. Para ser sincera -dijo sonriendo y mirando de nuevo al espejo-, apetecer, apetecer, no me apetece nada. Hace un día terrible, pero tampoco vamos a tardar mucho, así que mis deberes pueden esperar.

-Gracias asentí esbozando una sonrisa.

El agua golpeaba los cristales. Al batir sobre el parabrisas formaba una sólida cortina que impedía conducir de forma normal. En la calle se había formado un río que tapaba el asfalto. Las alcantarillas estaban rebosando y los pocos transeúntes que a esas horas caminaban, entre grandes charcos, agarrando sus paraguas, lo hacían deprisa, deseando llegar pronto a su destino.

-Si mañana no vas al instituto, no te preocupes. Te llevo los apuntes

-Vale, pero no hace falta que vengas a casa

-Hija, qué desagradable eres -dijo riéndose.- Lo hago para ver si me pillo la gripe y así tampoco voy a clase.

-Qué cosas tienes -contestó su madre frenando-. Hemos llegado. Cuídate -dijo volviendo su mirada hacia mí-. Seguro que con un poco de reposo y alguna ayudita se te pasa.

-Gracias -abrí la puerta y salí corriendo.

En esos escasos segundos que median entre el coche y mi portal, me calé.

Al entrar en casa, vi a mi madre ,saliendo de su habitación.

-Menudo día elegí para ir a la peluquería- dijo. De repente se paró, me miró, como si estuviese viendo un fantasma-. Elena estás empapada. Tienes muy mala cara, estás pálida. ¿Te encuentras mal?

Mientras me quitaba el chubasquero dije:

- No, no, estoy bien. Tengo escalofríos- busqué un klínex y me sequé la cara y las manos.

-Mejor te acuestas. Quítate inmediatamente toda la ropa -alegó mi madre.

Me metí en mi habitación. Seguía temblando. Encendí la manta eléctrica y la coloqué entre las sábanas. Mientras me desnudaba y me ponía el pijama. Tenía los pies helados, así que me quité los calcetines mojados y me puse unos gordos de lana, que Carmen, la amiga de mi madre, me había traído de alguno de sus viajes.

Mi madre me encontró ya acostada cuando entró en la habitación con el termómetro. Encendió la luz de la mesilla y me lo colocó bajo la axila. Me tocó la frente

-Estás ardiendo -exclamó.

Quería que se fuese, que me dejase sola. Los ojos me picaban, era como si alguien los estuviese rascando con piedra pómez. El abdomen me dolía, también las articulaciones. Sinceramente, no sé que es lo que no me molestaba. Cerré los ojos, intentando no pensar. Cuando los abrí, mi madre seguía allí.

-Vamos, te quito el termómetro -lo miro al trasluz acercándolo a la bombilla.- Tienes treinta y ocho- lo guardo en su caja. -Vas a tomar un poco de caldo caliente y un antitérmico. Si mañana te encuentras mal, te llevo al médico.

-Seguro que es gripe -Protesté

-Sí, me lo imagino, pero si no baja la fiebre vamos al centro de salud.

Instintivamente se agachó y, como si fuese una niña pequeña, me tapó con el edredón hasta la barbilla, apagó la luz y salió. Cerré los ojos intentado paliar el picor que sentía .

Volvió al cabo de unos minutos con una taza de humeante caldo, dio a la llave de la luz y la habitación se iluminó. Dejó el tazón sobre la mesilla y con mucho cariño tiró de mis hombros hacia arriba mientras colocaba en mi espalda la almohada en posición vertical. Me incorporé todo lo que pude

-Vamos -dijo mi madre cogiendo la taza.

Con una cuchara, como si fuese un bebé intentaba que tomase el caldo. Así, cucharada a cucharada, casi terminamos el tazón, hasta que separé su brazo con mi mano .

-No quiero más

Bueno, ahora te traigo miel, que para la garganta es muy buena

La miré asustada. Miel, miel. ¿Cuántas calorías tendría la miel?

-Mamá no me gusta.

-Ya, ni a mí tampoco, pero es buena.

Apenas dormí esa noche. Di vueltas y vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Sentía que no podía respirar. El viciado aire de la habitación era muy denso. De madrugada me incorporé y, acercándome a la ventana abrí una de las hojas abatibles. El aire frío que entró me reconfortó. Dejé toda la noche la ventana entornada y a partir de ese momento creo que me dormí.

Por la mañana mi madre abrió la puerta. Encendió la luz y, sorprendida, pregunto:

-¿Has abierto la ventana?

-Sí. Me pesaba el aire. No sé. Era una sensación muy extraña, pero ya estoy mejor

-¿La cierro?

-Vale. Ahora tengo frío

-¿Cómo estás?

-Creo que mejor.

Se acercó a la cama y me puso la mano en la frente

- Sí –asintió-. Creo que te bajó la fiebre, pero te vas a quedar en la cama ¿Tienes algún examen? -preguntó

-No. Empiezan la semana que viene

-Bueno, mejor. Pues te quedas en casa -dijo mientras colocaba el termómetro bajo mi axila. Lo noté frío y la miré.

-Cuando me quites el termómetro quiero levantarme al cuarto de baño

-¿Puedes sola?

-Sí, claro.

Poco después llegó mi padre. Le oí entrar en la cocina, saludando a mi madre. Al cabo de un rato vino a mi habitación. Llegó con una bandeja.

-Hay que ver, servicio a domicilio -exclamó mi padre.

Miró la cama y se sentó en una esquina, intentando no molestar.

-Incorpórate. Toca desayuno

Colocó la bandeja en mi regazo. Mi madre volvió a entrar. Cogió el termómetro y lo miró

-Bueno, tienes sólo unas décimas, así que cama y cama. Coge la cuchara.

-¿Para?

-Para servirte la miel

-Jo -para que iba a discutir, no merecía la pena. ¿Pero, otra vez, cuántas calorías tendría la miel: 100, 300...?

-Vamos

Coloqué la cuchara sobre la bandeja y volcó la jarra de miel.

-Ya, ya. Se va a caer.

Mi padre se levantó de la cama y se despidió.

-Descansa -pasó su mano sobre mi cabeza-. Me voy a dormir. Terminé mi vaso de leche y mi madre me retiró la bandeja.

Me levanté y cogiendo mi albornoz, salí al pasillo. Encendí la luz del cuarto de baño y lo primero que hice fue subirme a la báscula

Bien, está controlado. Me aseeé como pude. Todavía me dolían los huesos y también el abdomen.

Volví a mi cuarto. En algún momento de la mañana debí de quedarme dormida. Hacia el mediodía entró mi madre

-Qué ¿Cómo vamos?

-Estoy bien.

Lo sé -dijo esbozando una sonrisa.- Quedarse hoy en la cama es un lujo. No te puedes imaginar lo que está cayendo. Dicen que son los restos de un ciclón. Sinceramente -continuó-, creo que es el ciclón entero. Hay ramas en el suelo, árboles torcidos, los contenedores de la basura están volcados. Cuando el viento te da de frente, no puedes andar, y si lo hace de espaldas, te empuja tanto que si no quieres terminar en el suelo tienes que caminar muy despacio. Bueno, cambiando de tema, ¿quieres algo?

Pensé en la comida y me daba asco. Mi madre insistía:

-Te voy a dar puré de verduras. Compre acelgas y puerros. ¿Le pongo tomate?

Las imágenes de las verduras me revolvieron el estomago. Escuché a mi madre

-¿Qué?- Pregunté

-¿Quieres ahora quieres un caldito de pollo o más tarde?

El pollo corriendo feliz por el campo y picoteando maíz, ¡lo que faltaba! ¡Qué mal! ¿Por qué no me dejaba en paz?

-Mama, quiero ir otra vez al cuarto de baño. ¿Está la ventana abierta?

-No. La cerré cuando terminé de limpiar. Hace un día tan malo que el agua entra en casa. ¿Te ayudo?

-No. Puedo.

Al incorporarme me dio un pequeño mareo. Instintivamente coloqué las manos sobre la cama. Mi madre se dio cuenta

-¿Te pasa algo?

-No .Es que al incorporarme se me nubla la vista. ¿Sabes, mama? Me duele bastante la barriga. Creo que me va a bajar la regla.

Mi madre no hizo ningún comentario. Salía al pasillo y, arrastrando los pies, me acerqué al baño.

Tenía los pies y las manos heladas. Sentía frío, mucho frío. Metí las manos bajo el chorro de agua caliente. La garganta me picaba. Hice gárgaras con un antiséptico. Al fijar mi mirada en el espejo, por fin vi la realidad. Mi cara de luna llena se había transformado, alargándose como si fuese la copia de un rostro de El Greco. Mis mejillas estaban hundidas, apenas tenían color. Dos profundas sombras violeta enmarcaban mis ojos. No me gustó el reflejo que el espejo me devolvió. Estaba enferma, muy enferma, pero ni aun así lo quise reconocer,

Volví a mi cuarto con paso vacilante. Estaba muy cansada. Sentí el aire limpio de la estancia. Mi madre había abierto la ventana. Colgué mi albornoz y me acosté. El tacto de las sábanas recién planchadas me reconfortó y el olor a limpio, a suavizante, me animó. Coloqué la manta eléctrica en mis pies. Entró mi madre con la taza de caldo. La cogí de entre sus manos y me la llevé a la boca.

-¡Uf, qué caliente! -Protesté

.Terminé y se la entregué de nuevo

Escuché el teléfono. Era Luisa. Intuí, a través de las frases entrecortadas de mi madre, la conversación. Colgó

Olí el olor ácido del puerro y el aceitoso de la fritura de pescado. Escuché a mi padre arrastrar los pies por el pasillo camino de la ducha y el

ruido de las puertas cuando se abren y se cierran en busca de algo olvidado en algún lugar.

Al mediodía mi madre había cocinado puré de verduras.

Vamos –dijo cuando entró, encendiendo la luz

Me incorporé sola, sin esfuerzo. El termómetro marcaba treinta y siete con sesenta. Me encontraba mejor. Contemplé mis dedos finos y alargados mientras acariciaba la fría cuchara de acero inoxidable. Me parecieron irreales. Fijé los ojos en mi mano huesuda, descolorida, con las venas muy marcadas y la piel levantada agrietada. Por primera vez, desde que empezó el problema me asusté. ¿Estaría llegando demasiado lejos?. Fue una reflexión momentánea. Cuando caes en la anorexia nunca se está demasiado delgado, así que seguí dando vueltas y vueltas con la cuchara al puré que me habían servido .No podía pasar de 43 kilos

-¿Todavía estás así? –preguntó cuando entró de nuevo en la habitación.

-Estaba demasiado caliente. Como me duele la garganta, no podía pasarlo -argumenté sin mucha convicción

Bueno, pues te hago compañía –contestó, sentándose a los pies de la cama.

Hablamos de cosas triviales, pero notaba su mirada en cada movimiento que hacía entre el plato y la boca. Por fin había terminado. Recogió la bandeja, apagó la luz y se fue.

El tercer día el catarro empezó a remitir. Estaba ya más animada, no sólo porque mi estado físico había mejorado, sino también porque seguía pesando 43 Kilos, incluso en algún momento del día la bascula marcaba 42,5.

Así pasó la semana .Luisa, como prometió, me trajo los apuntes de física y cotilleamos un rato sobre el instituto.

-Mi madre te manda recuerdos y “Tin” -dijo sonriendo -también.

-Dile que cuando me ponga bien lo saco a la calle, o mejor hago un dibujo, a ver si es mejor que el tuyo.

-Sí, seguro que haces algo naíf. Ya sé que se te da bien

Nos despedimos -Hasta el lunes.

Volví al instituto pero estaba ya demasiado cansada, casi no podía tenerme en pie

- Oye..., ¿qué tal el examen? –preguntó mi padre

-Bien. Era un poco farragoso, pero lo resolví bien

Se acercó y me dio una colleja.

-Bien ésa es mi chica.

Cuando se dio la vuelta comencé de nuevo a llorar repitiendo mentalmente las palabras que había pronunciado: “ésa es mi chica”.

Escuché a mi madre. Sus palabras eran como susurros. Quise seguir la conversación, pero no pude. En algún momento me quedé dormida.

No sé cuánto tiempo estuve así.

-Elena...

Una caricia muy suave me despertó .Abrí los ojos, Lo primero que vi fue la sonrisa de mi madre. Sus labios rosas enmarcando sus dientes blancos. Observé sus ojos rojos y vidriosos. Sus manos me acariciaban como cuando era pequeña, con mucho mimo.

Elena –prosiguió-, tienes que acostarte. Pero me gustaría que tomases algo antes de cenar. Ha sido un día duro y mañana tienes otro examen. Creo

que jamón de york o queso fresco te vendrían bien. Hay caldo de carne que hice para tu padre. Tú dirás.

La miré. La infinita ternura que aprecié en su mirada me convenció.

-Bueno, no sé, un poco de queso fresco y un yogur

-Ah -me dijo-. Hice manzanas asadas para tu padre. ¿Quieres?

-No. Prefiero lo que te dije

Salió del salón. Yo me incorporé. Escuché a mi padre cambiarse. Oí cómo cerraba la puerta y se acercaba a la cocina. Llevaba una pelliza forrada de piel y sus gruesos guantes. Se estaba enrollando la bufanda al cuello cuando me miró .

-Acuéstate pronto y descansa .Si el examen sale mal, ya lo repetirás.

Asentí con la cabeza y le dije adiós con la mano.

Mi madre intentó tener una conversación normal conmigo, pero me costaba seguirla. En ese momento empecé a notar que estaba muy cansada; más que eso, agotada. Me había pasado dos largos años, cincuenta y siete semanas por año, muchos, muchos días esforzándome por disimular lo que empezó como un juego infantil: “no quiero comer”, y derivó en una enfermedad que estuvo a punto de costarme la vida.

Me convertí en la sombra de lo que había sido una chica alegre, optimista, no muy guapa, pero ¿qué es la belleza? tampoco muy delgada, pero ¿cuándo se está lo suficientemente delgado o gordo? ¿algún endocrino me había dicho que mi talla no se correspondía con mi edad?

Me pasé dos largos años tratando de sobrevivir, me inventé un mundo inexistente, me separé de mis amigos, de mi familia... Eso sí, había conseguido mi ansiada talla 14, pero ni aún así era feliz. ¿Qué era entonces la

felicidad? ¿Era feliz Ruth con su belleza? En ese momento la respuesta fue: sí, ¿Cómo no iba a ser feliz la chica más popular de la clase? Años más tarde, cuando logré estabilizar mi vida, me di cuenta de que la belleza que tanto me había obsesionado, como a mi madre en su día, era efímera. Con estos pensamientos me metí en la cama y me dormí.

El examen no fue muy difícil, aunque tampoco me lucí. Estaba muy desanimada y me imagino que todavía estaría baja de defensas por culpa de la gripe y lo que faltaba poco para oír.

## LA ANOREXIA

El 20 de diciembre nos dieron las vacaciones. Al día siguiente mi madre me despertó a las siete, como todos los días. Pensé que no se acordaba del día que era, así que no me levanté.

-Elena -encendió la luz-, arriba

-Pero si no tengo clase-protesté escondiendo la cara en la almohada

-Ya, ¿pero no te acuerdas de que vamos al ginecólogo? Arriba. Tu padre nos va a llevar antes de meterse en la cama.

-¿Al ginecólogo? -exclamé, dejando la almohada a un lado de la cama.

-Si. Lo hablamos hace un mes, ¿no te acuerdas? -dijo esbozado una sonrisa.

-Sí, pero pensé que te habías olvidado

-¿No será que no quieres que nos enteremos de tu embarazo? ¿O sí?

-Por Dios mamá, qué cosas tienes...

Separé el edredón y me calcé las zapatillas, me puse el albornoz y entré en el cuarto de baño. Tenía mala cara, estaba muy pálida, las ojeras no habían desaparecido. Me lavé el pelo y al terminar encendí el secador, por lo que no oí lo que decía mi madre.

-¿Qué? -pregunté mientras accionaba interruptor.

-Te decía que vamos a ir en taxi. Como no tienes colegio, no tenemos prisa y así papá puede dormir.

-A h, por mí, bien

Saludé a mi padre en la cocina. Estaba terminando su desayuno. No hizo ningún comentario al respecto. Encendió un cigarro mientras tomaba el café.

-No me gusta que fumes en la cocina.

-Vale, ya me voy. Dentro de poco me echarás a la calle como si fuese un perro

-No, no es eso, pero en la cocina el humo impregna los alimentos y saben a tabaco.

-Anda ya ,qué exagerada eres. A tabaco... ¿Cómo puedes saber a lo que sabe si dices que nunca has fumado? Al menos conmigo no lo has hecho. Pero si conoces el sabor del tabaco será que lo has probado...

-Eres imposible -sonrió mi madre

Mientras se duchaba, terminé de recoger la cocina, quité el mantel de la mesa y metí en el lavavajillas todo lo que estaba sucio

-Vamos. ¿Llamamos al taxi o subimos hasta la parada? -preguntó

-Es mejor ir a la parada. ¿A qué hora es el médico?

-A las nueve.

Salimos a la calle. Hacía bastante frío; el viento hacía remolinos con los papeles que habían caído al suelo al vaciar los contenedores de basura. Me subí la cremallera del chubasquero y saqué la bufanda de cuadros del bolsillo. Mi madre se abrochó bien su gabardina y se colocó los guantes

-¡Que frío! -dijimos a la vez nada más comenzar a caminar

Caminamos aproximadamente cinco minutos. Nos subimos al primer taxi

-Al centro de especialidades -dijo mi madre.

-Van temprano -contestó el taxista

-No. Llegaremos un poco antes de la cita. Ya sabe, mejor esperar.

Comentó algo sobre la Navidad, el consumo... Lo que todos decimos, pero luego nunca cumplimos. Mi madre asentía con paciencia.

Al fin habíamos llegado. Nos bajamos, pagó la carrera y entramos en el edificio. Para ser tan temprano, las 8,45, estaban ya las salas de espera de las consultas hasta arriba. Miramos el cartel, para dirigiros al segundo piso, donde señalaba "Obstetricia y Ginecología". Entregamos nuestra cita y más o menos en media hora nos hicieron pasar.

-Hola –saludó madre con suavidad al abrir la puerta

-Buenos días -contestaron el médico y la enfermera, señalando los sillones.

-Vamos a ver -cogió la historia clínica que le habían dejado sobre la mesa y comenzó a leer-. Levantó los ojos de la carpeta .Me miró-. Bien, ya veo que has estado aquí, hace un año, aunque entonces te vio otro compañero.¿Qué te ocurre?

-Pues... -empezó a decir mi madre.

-No, la niña -dijo dirigiendo su mirada hacia ella-. Que conteste la niña

No sabía cómo empezar. Aunque la persona que me iba a evaluar era un médico, sentía cierto pudor al explicarle algo relacionado tan íntimamente con mi anatomía femenina.

-Que no tengo la regla -contesté muy de prisa.

-¿Desde cuándo? Aquí sí aparece la fecha de tu primera regla, y en una revisión que te hicimos hace un año también la tenías.

-Ya..., pero ahora no

-¿Estás tomando algún tipo de píldora anticonceptiva?

-No -dijo mi madre

Él médico la volvió a mirar.

-No se moleste por lo que le voy a decir, pero quiero que me conteste ella -dijo señalándome con un dedo.

-No, no tomo ninguna píldora

-¿Has tenido relaciones sexuales completas?

Las preguntas me empezaban a poner nerviosa y mi ansiedad iba en aumento.

-No, no me he acostado con nadie

-Bueno, pues vamos a la camilla, y si no observo nada, te pedimos otra prueba. Te vamos a hacer una ecografía vaginal para ver por qué tienes amenorrea . Aunque no quiero hacerte daño, a lo mejor te molesto un poco, pero es normal. Me lo dices y lo hago con más suavidad. Te quitas los pantalones y te subes el jersey, abres las piernas y pones cada pie en un estribo. ¿Vale?

Respiré despacio -Sí contesté.

Cuando me coloqué en esa posición tan extraña el ginecólogo me miró asombrado:

-Pero estás muy delgada. ¿Cuántos años tienes?

-Cumplí dieciséis –contesté muy nerviosa al sentir su mirada fija en mi cuerpo.

-La verdad es que, al entrar con tanta ropa, no me fijé, pero ¿comes bien?-preguntó sorprendiéndome

No contesté

Entonces, se dirigió a mi madre

-Ahora sí quiero una respuesta -dijo

-Bueno, come poco. Últimamente, con los exámenes, menos.

-Vale. Mira, puedes vestirte. Te voy a mandar unas pruebas más simples. Creo que la amenorrea tiene una explicación muy fácil -dijo con suavidad.

Me clavó sus ojos en mis manos, después siguió su mirada lentamente a brazos y torso. Al fin llegó a mi cara. En ese momento noté que me subían los colores.

-¿Has estado alguna vez más gruesa?.

-No le entiendo. No sé... qué quiere decir -murmuré con apenas un hilo de voz.

-Si te has puesto voluntariamente a régimen

-No. Es lo que le dijo mi madre. No tengo hambre y como poco.

-¿Te has provocado el vómito conscientemente? -preguntó con voz cortante.

Bajé los ojos. El médico miró a mi madre, que con las manos se tapó la boca. No quería responder. En ese momento mi mente se quedó en blanco.

-Elena -era la voz de mi madre-, Elena...

Levanté los ojos. Los tenía llenos de agua, las lágrimas estaban apunto de salir. Con una voz inaudible dije:

-Sí

-Bueno, Elena, no pasa nada. Por favor -dijo dirigiéndose a la enfermera que estaba en la consulta-, acompañe a la chica a la cafetería y que se tome una manzanilla o un vaso de leche.

Mi madre se levantó y cuando estaba terminando de incorporarse, la voz del médico interrumpió el movimiento.

-Por favor, usted quédese. Le voy a dar los volantes para que puedan hacerle unas pruebas.

Se sentó. La enfermera cerró la puerta. El médico comunicó el diagnóstico:

-La amenorrea está provocada por la anorexia. ¿Sabe lo que es?

-Bueno...yo... balbuceó. No mucho, algo me han contado y, algo he leído. Pero, no me lo esperaba...

-Tranquila. Se lo resumo de forma muy simple. Por supuesto vamos a buscar la solución.

Al cabo de unos minutos volvimos a la consulta. Mi madre apretó la mano que le tendía el ginecólogo.

-Gracias, muchas gracias. No sé qué decir.

-Haga todo lo que le he dicho. Le he puesto “urgente” en todos los volantes. En el hospital seguro que le podrán confirmar el diagnóstico. En caso de que no se confirme, cosa que dudo, la volvemos a ver.

-Adiós -Fue nuestra despedida.

Mi madre estaba como ausente, caminaba arrastrando los pies. De repente me pareció que había envejecido, se la notaba cansada. La cogí del brazo y caminamos por el largo pasillo hasta el ascensor.

Al salir a la calle mi madre paró un taxi. Nos subimos en silencio. Las palabras que nos llegaban a través de las ondas fueron las únicas que escuchamos en ese no muy largo trayecto. Nos dejó en el portal de casa.

-Mamá, ¿qué te dijo el médico? -pregunté mientras esperábamos el ascensor.

Me miró y señaló la puerta para que entrara. Mientras subíamos dijo:

-Elena, estoy muy nerviosa. No quiero enfadarme. No sé si estoy enfadada contigo, conmigo, con tu padre, con el mundo... Por favor, déjame asimilar la información y cuando esté un poco más tranquila te digo cómo podemos solucionar este gran problema. En este momento no puedo pensar...

-Pero ¿qué es lo que tengo? -pregunté cuando el ascensor se paró en el cuarto.

Nos miramos -Una enfermedad de tipo nervioso: anorexia con episodios de bulimia

Abrió con dificultad la puerta y la empujó. El hall estaba oscuro. Encendió la luz. Se desvistió con calma y dejó el bolso sobre la mesa que estaba en la entrada. Observé su mirada perdida. Se tapó la cara con las manos

-¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo pudo pasar?-preguntaba

-Mamá...

-No -cortó mi madre, mientras caminaba hacia el salón-. Elena, déjame asimilarlo. Te lo voy a contar, pero ahora no puedo, me faltan las fuerzas, es demasiado duro. Nunca pensé que esto podría llegar a ocurrir.

Se dejó caer en el sofá y levantó su cabeza hacia el cielo. Escuché su profunda respiración. Vi sus ojos llenos de agua. Las lágrimas corrían por las mejillas, formando extraños surcos sobre el perfecto maquillaje que, sólo unas horas antes brillaba en su cara.

Encendí la luz de la cocina, dispuesta a preparar un té.

“Anorexia” era la palabra que mi mente repetía, “anorexia”...

Al cabo de un rato mi madre me llamó:

-Elena, ven, por favor

Me quede en la puerta

-¿Quieres té?-pregunté

-No, gracias. Por favor, entra. Elena ¿cuánto tiempo llevas con esto?

Me tomé mi tiempo para responder.

-Hace mucho tiempo, cuando la abuela vino a casa.

-Cuéntamelo, por favor

-Es una historia muy larga...

-¿Por que? ¿Por qué? -preguntó mi madre gesticulando

-Mamá, no sé qué decir. Yo estaba gorda, no me servía la ropa, todos los chicos miraban a Ruth, a Marta... A mí me llamaban gorda.

-¿Por qué, si te encontrabas mal, no hablaste conmigo o con tu padre?

-Mamá en tus revistas había regímenes para adelgazar y pensé que podría controlarlo. Al principio fue fácil, luego ya no.

-¿Cuándo empezaste a vomitar?

-Es muy fácil: vosotros me hacías comer y yo vomitaba

-¡Dios mío ¡¡Dios mío! -exclamó

-Mama, ¿estoy tan enferma? -pregunté angustiada

-Elena, no lo saben, pero no estas bien. Tenemos que hacerte muchas pruebas. Vamos a ir al endocrino y puede que al psiquiatra. Es una enfermedad mental.

-No se lo digas a papá

-Elena, tu padre te quiere mucho, mucho, y lo tiene que saber, ¿no te parece?

-Pero...balbuceé

-Elena, se lo voy a contar. Lo siento, tienes que entenderlo. Esta tarde voy al hospital a pedir cita con tus médicos. Me han dicho que es urgente

En ese momento noté que mis piernas empezaban a flaquear. Intenté llegar al sillón, pero sólo pude agarrarme. Todo me daba vueltas, la vista se me nubló.

-Ma...

No pude terminar de hablar. La boca se cerró y noté los fuertes brazos de mi madre impidiendo la caída. Sentí cómo me arrastraba al sofá, pero no podía abrir los ojos. Oí ruidos, puertas que se abrían, la voz de mi padre, "ya llamo", una sirena, manos que me agarraban, el tráfico... Todo iba muy, muy deprisa.

Intenté abrir los ojos, pero era como si estuviesen pegados con pegamento. Todo era difuso. Noté una mano que me enchufaba una mascarilla, otra tocaba mi brazo... Estaba en un mundo que no sabía que existía. Todo era blanco, como la niebla que había el día que nací sobre la ría del pasaje.

Noté el frenazo de la ambulancia; las puertas se abrieron de golpe y unas manos fuertes agarraron la camilla. Sólo veía bultos difusos, colores perdidos; no sé, era como un cuadro impresionista, donde las formas y los colores confluyen dependiendo de la intensidad de la luz.

Por favor. -Fue la última voz que escuche. Creo que era la de mi madre, que se quedaba en la puerta de acceso a la zona restringida del hospital.

Parece que estuve en la UCI. Presentaba un cuadro de desnutrición severo. Por suerte, la falta de todo tipo de vitaminas y minerales en mi dieta todavía no había afectado al funcionamiento de órganos vitales y, tras unas horas en esa estancia, me llevaron a una planta del hospital.

Recuerdo que me desperté poco a poco y abrí los ojos. Al principio, otra vez formas borrosas, la niebla en mis ojos. Miré a un lado y a otro, pero volvía al mundo en blanco en el que en ese momento vivía. Fue un viaje de ida y vuelta. Al cabo de un rato me desperté de verdad. A la primera persona que vi fue a mi madre. Su cara lo decía todo. Se frotaba continuamente las manos.

-Hola. ¿Dónde estoy?

-Elena...

Miré hacia la izquierda, donde estaba mi padre. Lo primero que observé fueron sus profundas ojeras. Intente sonreír, pero creo que sólo esboqué una mueca. Mi padre acercó su mano, me acarició el brazo y sentí la aspereza de su piel, pero este gesto de cariño me produjo una sensación agradable.

Separé los ojos de mi padre y mire hacia el gotero que me habían colocado en el brazo derecho. La aguja me molestaba y el líquido que pasaba a las venas me producía calor. Miré a mi madre

-¿Qué paso? -pregunté

-¿Te acuerdas de algo? -preguntó mi madre

-La verdad es que no. Ni siquiera sé cuándo fue.

-Acabábamos de llegar del ginecólogo, ¿te acuerdas?

-¿Ginecólogo? -pregunté asustada

Mi madre sonrió.

Sí ginecólogo, pero no estas embarazada, si es que no te acuerdas de la conversación que tuvimos con el médico.

Esbocé una débil sonrisa.

-Si creo que me hago cargo.

La tensión fue desapareciendo y volví definitivamente a la tierra. Estaba en el hospital en el que nací, en una habitación con dos enfermos más y rodeada de mis padres, sólo que dieciséis años atrás la que ocupaba la cama era mi madre. Eso sí, como entonces, la que recibía los mimos era yo.

Me explicaron con mucho tacto en que consistía mi dolencia. Qué les habían propuesto los médicos, intentando desdramatizar una enfermedad muy dura, para que poco a poco asumiese que estaba muy enferma. No era una simple obsesión por adelgazar: era una enfermedad mental.

Estuve dos días en el hospital. El día 24 por la mañana tenían ya los resultados de las últimas pruebas.

-Lo más destacable es una cistitis. Pero, por eso, no la vamos a dejar aquí esta noche .Elena se va sentir incomoda. Tiene un poco de fiebre pero mejor en casa. Un tratamiento con antibióticos, mucho líquido y, en tres días como nueva -dijo el médico. Me dieron de alta por la tarde. Me animé, pensando que no iba a pasar las navidades entre extraños, en la habitación fea y fría de un hospital. Me entraron ganas de reír, de saltar.

Esa noche evoqué momentos más felices, con toda la familia reunida, con gente que ya no estaba o a la que habíamos dejado de ver. Recordé los juguetes, las risas, las voces, la ilusión con la que el día de Navidad me despertaba para correr al salón y coger los regalos bajo el árbol.

Me emocioné al recordar la cara de sorpresa de mi madre y de mi abuela cuando abrían los regalos que yo había pedido para ellas.

-¡Pero si esto es justo lo que queríamos!

No sé a que hora de la noche me dormí.

El día de Navidad mi madre entró en la habitación con una bandeja, en la que aparte del desayuno, café muy poco cargado, una tostada y yogur, había un sobre blanco con mi nombre: ELENA, pintado en rojo

-¿Qué es?

Escuché a mi padre acercarse por el pasillo. Se quedó en la puerta.

-¿Qué es? -volví a preguntar intrigada.

Con una sonrisa, mi padre dijo:

-¡Qué va a ser? Tú regalo.

-¿Sí? -pregunté asombrada

-Claro -contestó mi madre-. Es navidad

Riéndome, asevere –Sí, eso creo. Falta la nieve, ya que Papá Noel ha llegado.

Con cuidado rasqué el sobre y apareció una tarjeta con letras negras

ACCESO A INTERNET

Me sentí como si estuviera soñando

-¡Jo! ¡Qué guay! –exclamé.

Abracé a mi madre, que estaba sentada en la cama.

-Papá ven. .

Mi madre se levantó de la cama, dejando el sitio libre. Abracé a mi padre. Cuando le miré a los ojos vi que relucían como gotas de agua a punto de escurrir por los cristales en un día de lluvia.

-Gracias –dije-. Era lo que quería -aseguré. Hacía mucho tiempo que no me encontraba tan bien.

-Tendrás que configurar tú la conexión. Intentamos hacerla, pero, hija es un coñazo. Mejor lo haces tú. Llamamos a Telefónica y nos perdimos varias veces. Que si insertar un disquete, que si configurar el ordenador... Estuvimos casi dos horas con ello. Pero nada . Un desastre -señaló mi padre

Sonreí al imaginar todas las penurias que habían pasado para conectarse a Internet ¿Qué pensaría Miguel, mi profesor barbudo de informática, si le contase lo torpes que habían sido mis padres para configurar el acceso a la red?

-Bueno, y a vosotros ¿qué os ha traído Papá Noel?

-Pues ya sabes..., lo de siempre... y, que hayas vuelto a casa, eso es lo más importante. Además este año tampoco estábamos para muchas fiestas

De repente me entristecí. Sentí una punzada en el corazón y la expresión de mi cara cambió: se ensombreció.

-Lo siento. No quería causaros problemas -lamenté a modo de disculpa

Mi padre, que seguía a mi lado, me abrazó

. -Elena no hay ningún problema. Tienes que ser fuerte. Te vas a curar y eso es lo único importante.

-Sí -dije escondiendo mi cara en su hombro-. ¿Es tan malo? -pregunté

-No. Sólo parece que es un proceso muy lento y, lo más importante, es que todos tengamos claro lo que va a pasar. Vamos a estar a tú lado: nosotros ,los médicos, la familia...

Seguimos charlando sobre banalidades y a media mañana me levanté

Ayudé a mi madre en la cocina. Cuando entré se había vestido ya. Llevaba un traje de lana gris que le quedaba muy bien.

-¡Guau!, qué guapa te has puesto

-¿Tú crees? Te llamó Luisa y también Carlos y Enrique. No sabían nada y tampoco les dijimos mucho: Que estabas en el hospital por una infección. Los médicos nos recomendaron que antes de empezar a dar pasos te van enseñar a asumir tu enfermedad. Vas a ir a una especie de terapia para que te ayuden a afrontar la realidad. Nos han explicado que, a pesar de lo delgada que estas, tú te ves gorda y de nada vale que nosotros o la gente que te quiere insista en que no lo estás. Se dan casos de chicas que pesan treinta y cinco kilos y siguen diciendo que están gordas. Bueno, no sé, iremos poco a poco, ¿Te parece?

-Sí, pero gracias por no decírselo a Luisa. No me importa mucho, pero los chicos prefiero que se enteren cuando vuelva al instituto.

-Como quieras.

El día pasó sin sobresaltos. A media tarde escuché el teléfono. Mi padre se levantó

- Elena, es para ti.

-¿Quién es?-pregunté

-Luisa.

-Hola. Bienvenida al mundo de los mortales. Menudas vacaciones te pasas. Bueno ¿Cómo estás?

-Bien. Me dieron ayer de alta. No sé si sabes lo que tengo

-Sí. Tu madre me habló de una infección...

-Verás -contesté con la voz entrecortada.- No es una infección. Te lo dijo porque no sabía si yo quería que lo supieses, pero tarde o temprano te vas a enterar. ¿Te acuerdas cuando me dijiste que estaba muy delgada?

-Sí ¿Qué tiene que ver eso?

-Bueno, mucho. Tengo anorexia.

Noté el ruido del teléfono al caer y un silencio insoportable se hizo al otro lado de la red.

-¿Luisa? -pregunté alarmada

-Sí perdona. El teléfono se me resbaló. Estoy tan sorprendida que no sé qué decir. Creo que es una enfermedad muy dura. Oye, en todo lo que te pueda ayudar, cuenta conmigo.

-Gracias, pero me gustaría pedirte que no lo digas. Prefiero decirlo yo. No es el sida ni nada contagioso, pero sabes cómo es la gente. Van a pensar que soy una neurótica y enseguida se pondrán a criticar.

-Por mí ,no te preocupes, que no se lo voy a decir ni a mi madre  
¿Te puedo ir a ver? -preguntó

-Claro, pero te llamo. Mañana empiezan en el hospital con un montón de pruebas: análisis, radiografías... así que, como tú dices menudas vacaciones me voy a pasar.

-Bueno, ya sabes, estoy para lo que quieras -Fue su despedida.

Ese fue el primer día, en el que me di cuenta de que tenía amigos de verdad, que había mucha más gente que me quería de la que yo pensaba, que incluso, los chicos los que de verdad son personas adultas, los que no se han quedado en el eterno mundo de Peter Pan, me respetaban como persona y

para ellos mi físico era secundario,. Pero todas estas apreciaciones las aprendí durante los duros meses en los que tuve que aceptar que estaba muy enferma.

El 26 de diciembre me hicieron los primeros análisis. La primera doctora a la que conocí fue la endocrina. Era una mujer casada. Lo deduje del anillo y por la fotografía de una niña que estaba sobre su mesa. Tenía el pelo castaño recogido en una coleta y unas manos gruesas que movía continuamente.

Bueno, Elena -dijo observándome-, ¿qué tal la Navidad?

-En fin, no pruebo el turrón, si eso es lo que me preguntas.

-No ,eso ya me lo imagino...-añadió sin terminar la frase

Charlamos y charlamos. En un momento nos explicó que el índice de masa corporal estaba muy mal, muy descompensado.

-Eres bastante alta y necesitas engordar diez kilos

-¿Diez kilos? -pregunté asombrada. Diez kilos -volví a repetir

-Eso como mínimo. Siento ser tan brusca y decírtelo en la primera consulta, pero si no eres capaz de afrontarlo, no lo vas a superar y no te vas a curar. A los médicos nos dicen siempre que, independientemente del mayor o menor tacto con el que transmitimos la información, debemos ser claros y siempre muy sinceros. -Yo -continuo –suelo serlo. La anorexia te va destrozando poco a poco. Aunque no lo creas afecta a cosas tan dispares como el esmalte dental y el sistema reproductor. Me imagino que tendrás amenorrea...

-Sí -dije asintiendo con la cabeza.

-Bueno, vamos a empezar con un régimen alimenticio -Ten -estiró una mano, acercando a mi madre una serie de folios-. Vamos a hacer un seguimiento. Te vamos a pesar y vemos cómo evolucionas. ¿Te parece?

-Sí –asentí.

Luego fuimos al psiquiatra. Llegué a la consulta muy nerviosa. Me observó al entrar y me señaló la silla. La enfermera había comunicado a mi madre que se quedase fuera, que en principio la entrevista era conmigo. Me senté.

– Buenos días –dije.

-Hola -Fue su respuesta.

A pesar de estar sentado intuía que era, alto y muy delgado. Tenía una voz suave: hablaba despacio, como midiendo las palabras y calibrando el contenido de mis respuestas.

Le conté mi vida en quince minutos. Tampoco tenía tantas cosas que decir. No obvié nada. Sabía que me estaba haciendo preguntas parecidas, como las de los test de personalidad, para ver si mentía, así que decidí no hacerlo.

-¿Cómo te encuentras ahora? Me refiero a físicamente.

-La verdad, un poco gorda

-¿Tú crees? ¿Te ves gorda?

-Sí -dije asintiendo con la cabeza

-¿Por qué crees que el día que fuiste al ginecólogo te dio un mareo?

-No sé... Por la tensión.

-¿De verdad piensas en eso como una relación causa / efecto?

-Bueno, no sólo eso. La verdad es que comía muy poco...

-Ya, y de vez en cuando creías que las calorías eran muchas, según tu parecer. Vomitabas ¿no?

Tardé en responder, pero lo hice:

-Sí, vomitaba, dije con una hilo de voz

-¿Sabes que puedes tener lesiones muy serias en la tráquea?

-No, no lo pensaba -murmuré

-¿Cuántas veces lo hacías?

-No sé. No todos los días. Últimamente no lo hacía. Intentaba no comer para no tener que vomitar –bajé la voz -. Un día vi sangre...,no mucha, pero me asusté.

Ya... -Fue su escueta respuesta

Siguió diseccionando la enfermedad y yo seguí contestando. Cuando terminamos, llamó a la enfermera:

-Que entre la madre.

La enfermera le franqueó la puerta. Me di la vuelta y la vi parada en el umbral.

Pase –señalo él medico con el ceño fruncido y prosiguió-. Bueno, el diagnostico es claro: anorexia con episodios de bulimia. Me gustaría discutir el tratamiento con ambas ,incluso ,si es posible, con su marido -dijo mirando a mi madre.

-Sí –contestó-. Ahora no está, pero puede acercarse cuando usted quiera.

-Para empezar, no está en condiciones de volver al instituto -miró a mi madre-. Elena me ha dicho que las clases empiezan el día ocho de enero. Mi consejo es que no vuelva por ahora

-Pero... -intenté argumentar.

El médico me interrumpió.

- No puedes o no debes volver en estos momentos. A lo largo de la conversación, he podido observar que eres una persona inteligente y sensible. Pero, a pesar de intentar transmitirme serenidad y aceptación de la enfermedad, no es así. Demuestras mucha ansiedad y cuando te enfrentes a tus compañeros no lo vas a poder soportar. Además –continuó-, por el esfuerzo que has hecho al ocultar la enfermedad, estás agotada, física y psíquicamente. En este estado no puedes afrontar los exámenes

Sus palabras eran tremendas. Todo por lo que había luchado, destruido en un minuto. ¿Qué iba a ser de mi vida? ¿Dónde quedaba Vigo? ¿Terminaría, como Ruth, haciendo peluquería? Empecé a sollozar. El médico continuó

- Este es el futuro próximo, es decir, pasado mañana. Si usted -dirigió la mirada a mi madre, -considera que puede volver, no me opongo, sólo que no lo recomiendo. Eso es lo que intento transmitir.

Me sequé las lágrimas. Mi madre se quedó callada. Miró al psiquiatra y le comento:

-Verá, si cree que es lo mejor para ella, nosotros no nos vamos a oponer.

Bien. Otra recomendación que les hago, y depende de ustedes seguirla, es un ingreso temporal en alguna clínica especializada, en donde durante un tiempo se le aleje de su familia y rompa sus vínculos con todo lo que la ha llevado a esta situación. En este hospital no hacemos ingresos largos no tenemos unidades especializadas, en mi caso, bueno, me pasan estos casos, pero no tenemos terapeutas y la responsabilidad recae en la familia, lo que no siempre es una buena idea.

Se calló y miró a mi madre, que le devolvió la mirada

- Bueno, si usted lo considera así, lo consulto con mi marido y le damos una respuesta.

Vale. Espero su llamada o, si quieren seguir así, continuamos haciendo el seguimiento en el hospital. Estas son las alternativas...

Nos despedimos y dejamos la consulta. Cogimos un taxi, mi madre le señaló la dirección, volvió sus ojos hacia donde me encontraba sentada y pregunto

-¿Qué te ha parecido?

-No sé. Yo quiero volver al instituto.

-A mí me parece una buena idea que estés un tiempo sin ir. Seguro que es verdad que en este momento no puedes afrontar los exámenes. Fíjate cómo estabas en el de matemáticas, y el de física lo aprobaste de milagro. Si quieres, hablamos con los profesores. Pienso que lo de ingresarte un tiempo es una buena idea.

-Pero yo no quiero -respondí

Elena, ahora es muy tarde para opinar. Te tienes que curar y tu padre y yo tomaremos una decisión, la mejor para ti. Espero que la compartas.

Esas fueron las últimas palabras que pronunciamos durante el trayecto. Escuché la voz grave de un periodista, conocido, intentando poner orden en un debate sobre política, que el taxista iba escuchando desde que nos subimos en el hospital. Miré por la ventanilla del taxi. Casi no veía nada, sólo sombras en movimiento. Tenía razón él medico, ahora lo entiendo: estaba agotada.

Entramos. Mi padre nos esperaba despierto en el salón, leyendo el periódico. Al escucharnos levantó la cabeza

-¿Qué tal? -preguntó

-Bueno, tenemos que hablar. Va a ser una charla larga .Hay que tomar una decisión.

Mi madre le explicó toda la conversación con el médico. A pesar de que estaba en el salón, apenas los escuchaba. Me encerré en mi mundo, del que no quería salir. De repente oí a mi padre dirigirse a mí:

-Elena, ¿qué te parece?

-¿Lo de la clínica? -pregunté –Pero, ni siquiera sabemos cual es, ni donde está .

-Bueno, ahora no tenemos información. Es un riesgo. Aunque si esa es la solución...

-No me apetece. Es la verdad

Lo pensamos y decidimos, pero, independientemente de que te ingresemos o no, al instituto no vas a volver por ahora

Mis padres hablaron con el médico y decidieron ingresarme en una clínica de Madrid. Teníamos varias posibilidades para viajar. Al estar en invierno y con los puertos de montaña: “el Piedrafita” y “el Manzanal” con muchas dificultades decidimos la forma más rápida

El diez de enero, fue la primera vez que me subí a un avión. Había escuchado historias sobre nervios, turbulencias, ansiedad... Mi paseo por las nubes fue fantástico. El vuelo duró una hora y cuando nos acercábamos a Madrid el cielo estaba muy azul. Vi las montañas nevadas de Gredos y Navacerrada, El Escorial, la periferia de Madrid, el Parque del Retiro y el famoso complejo de Azca, la zona de copas, según mis amigos que estudiaban en Madrid .

El hospital era un gran chalet de piedra caliza ubicado en medio de un parque con árboles muy altos. Nos recibió una azafata. Atravesamos varios pasillos hasta llegar a una pequeña sala, donde esperamos escasos minutos.

Nos entrevistaron varios médicos, juntos, separados, en pareja, Estuvimos toda la mañana entrando y saliendo de los despachos: psiquiatra, psicólogo, terapeuta... Por fin terminamos.

Mis padres se despidieron de mí -Te esperamos.

Tragué saliva – Bien, dentro de poco nos vemos

-Por supuesto. Verás como antes de Semana Santa estás en casa, con nosotros y de vuelta al Instituto ¿te crees que las vacaciones duran eternamente?

-No, claro que no -dije despidiéndome con la mano y atravesando las puertas internas de la clínica.

Contar el tratamiento, no tiene sentido, eso lo hacen mejor los médicos.

Recuerdo cuando, al llegar al comedor la psicóloga dijo -Mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

Al principio no lo entendí. Hasta que exclamé:

-¡No!¡No, no puede ser!. Me tapé la cara. Era una habitación llena de fantasmas, cuerpos etéreos casi transparentes. Caras alargadas; sin pómulos en las mejillas, con mandíbulas muy marcadas, ojeras, enormes bolsas bajo los ojos. Brazos huesudos, rodillas nudosas. Cuerpos desnutridos... Nunca había imaginado el infierno, pero allí en ese comedor estaba la Santa Compañía

Las figuras que aparecieron ante mí, estaban más cerca de la muerte que de la vida. Se palpaba la enfermedad, la tristeza, incluso la tenue luz de los focos confería un tono mortecino, a la estancia

La psicóloga acusó el impacto. Vio el horror reflejado en mis ojos

Sí -confirmó -así estás tú -contestó

Esa imagen del comedor fue lo más espantoso que había visto en mi vida. Traté de convencerme que, aun estando mal, yo no tenía nada que ver con esas chicas que deambulaban ausentes por el comedor, portando su bandeja y buscando la soledad de las mesas. Bajé la vista y recogí el menú que debía tomar. Permanecí sentada, en silencio, en un rincón de habitación, escondida e incomoda. Quería parecerme a las tortugas y esconder mi cabeza, dentro de su duro caparazón, para no ver lo que me rodeaba. Intenté comer pero no podía. La sensación de angustia y, el miedo, que de repente sentí, al ver de cerca en lo que me había convertido, me impedían digerir la comida. Sin embargo, comprobé que no me iban a pasar ni una o, terminaba el menú o no salía del comedor.

Puedo decir que fue una experiencia muy dura. Me enteré que no todas las personas, con las que allí coincidí, superaron la enfermedad. Recuerdo a una chica de Madrid que a penas hablaba con nadie, a la que las cuidadoras vigilaban constantemente. Llevaba en la clínica dos meses y se negaba a comer. Cuando al cabo de un mes salí y regresé a mi vida ella, se quedó. Cuando volví a una revisión me comentaron que no había podido superarlo. Una crisis, cardiaca, terminó con su vida. Tenía 20 años y en teoría toda la vida por delante. Una familia que la quería, “un chico” con el que salía, amigos con los que disfrutaba...

## ¿TIENE FINAL?

En la clínica me enseñaron muchas cosas. Creo sinceramente que ,en mi caso, mis padres decidieron lo correcto.

Cuando volví pedí cita con mi Psiquiatra.

- Estas mucho mejor -me dijo.
- Si contesté. Hace años que no me sentía así.

Hablamos de mi experiencia y de lo que había hecho allí. Le expliqué que aun rechazaba algún tipo de comida pero, que en general, ingería lo que me dejaban en el plato. Le comenté algo del tiempo que pasé en otro mundo:

-Nos vigilaban continuamente y no nos dejaban ir al cuarto de baño después de comer. De todas formas creo que puedo volver a mi vida. Me gustaría hacer planes, retomar mis actividades...Lo digo en serio, me encuentro fuerte . Esa parte oscura... es el pasado. Nunca volverá -afirmé

-Bueno, parece que lo has asimilado bien. Eso es bueno, muy bueno.

-Hace tiempo me preguntó ¿cómo me sentía? . Le contesté: gorda.

-Sí, si tu lo dices...Imagino que la conversación sería así. Pero..., no lo recuerdo. Aunque, tratándose de anorexia es normal

-Verá, cuando llegué a la clínica y entré en el comedor me sentí mal, muy mal, pensaba que lo que veía nada tenía que ver conmigo pero, con el paso de los días, lo asimilé y me vi reflejada en las otras chicas. Durante estos meses he reflexionado mucho, mucho sobre lo que me había hecho. Entendí, que alcanzar la belleza, a través del dolor infringido tanto a mí, como a las personas que me querían, no tenía sentido... Creo que reaccione a tiempo y empecé a comer. Ahora pienso que una talla más menos no es determinante

en mi vida. Como tampoco lo es medir diez centímetros más. Sabe -proseguí - mi abuela me dijo una vez una frase que, entonces, no entendí: “la enfermedad y la muerte nos igualan a todos”.

-Bueno, pues si, la experiencia en la clínica fue positiva y la frase de tú abuela, ha formado parte de tu terapia, no tengo nada que decir salvo que me alegro de encontrarte bien y ,sobre todo, que de ahora en adelante espero que nunca más vuelvas a sentir vergüenza del cuerpo que tienes. No todos podemos ser el actor o la actriz de moda -¿Qué sería de este país si todos quisiésemos ser modelos?

El médico se levantó y me apretó la mano. Noté su calidez y me transmitió fuerza. -Sigue así - Fueron las últimas palabras que pronunció

-Adiós y gracias por todo. Dí la vuelta y abandoné la consulta

Algunos amigos se acercaron a casa a verme. Luisa me llevaba los apuntes, además de obligarme a salir a la calle, para pasear a Tin. Después del puente de San José regresé al instituto.

Los profesores y la mayoría de los compañeros de clase me recibieron bien. Aprobé todo en Junio pero me presente en Septiembre a la selectividad. Los médicos me habían recomendado dosificar el esfuerzo, estaban contentos con mi evolución. Pero, no querían que forzase como ellos decían “la maquinaria”.

Me pasé el verano estudiando. Salía con gente nueva que me ayudó. Olvidé, por completo, a todas aquellas personas que no me aportaban nada, salvo malos recuerdos

En septiembre, después de los exámenes, volví a la clínica de Madrid a una revisión. Luego nos fuimos una semana a Fuerteventura, donde

disfrute del sol en las inmensas playas de Jandia. Caminaba, todos los días muy temprano, por la orilla sintiendo la arena dura y húmeda bajo las plantas de los pies. A esa hora, cuando el sol empieza a cambiar de color, me encontraba con dos alemanes que llevaban a sus fox-terrier a bañarse en el mar. Los perros, corrían junto a sus dueños, dando saltos y haciendo cabriolas para meterse sin miedo en el agua .Con un simple silbido, volvían a la playa donde se sacudían, para luego revolcarse en la arena y correr de nuevo hacia el infinito. Un día, al volver al hotel, tenía un aviso bajo la puerta.

### **Llamó Luisa a las 10:30 h**

Marqué su número, apenas podía hablar. Soy Elena -dije

-Tengo buenas noticias para ti . Ayer salieron las notas. Aprobastes -me comunicó Luisa.

-¿Qué nota? -pregunté nerviosa

-¿Estás lista para escucharla? No te lo vas a creer 7,5 -contestó alegre

-Genial, genial. Gracias -señalé perpleja y colgué.

No sabía si llorar o sentirme contenta, por haber conseguido salir adelante y empezar, de nuevo, a disfrutar de la vida.

Casi no me lo podía creer. Era mi sueño. Salí de la habitación. No esperé el ascensor .Bajé corriendo a la piscina. Abracé a mis padres.

-Puedo entrar en industriales -les confirmé

-Bueno. Eso está bien -Fue su respuesta.

Permanecí sentada, durante mucho tiempo, en la orilla del mar contemplando las pequeñas olas que rompían en el Faro. Me fascinaba, escuchar el ritmo y la cadencia de las olas, en una playa inmensa y solitaria donde parecía, que en algún momento ,el agua y la arena se fundían con el

cielo limpio y azul de Canarias. Era extraño pero, en los últimos meses, había aprendido mas cosas sobre mí, que en todos los años anteriores de mi vida y, empezaba a asimilarlas

Mi madre, hizo el penúltimo sacrificio de su vida. Los médicos no me impedían estudiar pero, señalaban que debía tener a alguien de confianza conmigo. Lo hizo posible. El primer año, alquilamos un apartamento .Los fines de semana o venia mi padre o volvíamos a casa.

Suspendí una. Pero, la aprobé en septiembre

Terminé la carrera, podemos decir que en tiempo y forma. Aunque no siempre en junio.

Hoy, tengo un trabajo en una consultora. Muchos y buenos amigos, a los que el físico, les importa poco y, cómo decía mi madre, “la cabeza”, es la parte más importante del cuerpo. El físico se puede: pulir, mejorar, retocar... El cerebro, hasta donde conocemos, no.

Hace años estuve, en una exposición de Magritte, en la fundación Beyeler de Basilea. Allí vi un cuadro que me enseñó, a diferencia de lo que el diseñador de moda, me señaló en un momento terrible de mi vida, lo que es la evolución del cuerpo humano y lo entendí. La belleza es algo efímero. Ni siguiera, esas mujeres fantásticas que nos enseñan las revistas o, las pasarelas, pueden evadir el paso del tiempo.

La anorexia supone para muchas personas su particular descenso a los infiernos. Hay cientos de tópicos sobre esta enfermedad. La realidad, es que le puede pasar a cualquiera. Depende de tantos factores, que reducirlos, a lo que en cada momento nos parezca mejor escuchar, es absurdo.

¿Se puede salir de la anorexia?

Mejor sería no entrar. Pero, a veces, es difícil.

La anorexia es como un remolino que se forma en el río y que cuando caes en él te arrastra y te arrastra hasta el fondo, sin que tengas tiempo de agarrarte a la tabla, que en ese momento, la corriente lleva hacia un lugar seguro. Pero, a veces, se puede nadar contra corriente, sólo hay que intentarlo.



